



FUCKOWSKI, MEMORIAS DE UN INGENIERO

Alfredo de Hoces García-Galán

La delgada línea marrón

I.

Existe una línea marrón que divide a la humanidad en dos grandes grupos: aquellos que nacen por encima de la línea de flotación y tienen una vida, y los que nacemos hundidos en la mierda y tenemos que darnos de hostias por salir a respirar.

Hay varios factores que determinan en qué lado de la línea se nace. El primer factor es el apellido. No es lo mismo llamarse Fuckowski a secas que Borja Pijoski Sáez de la Minglanilla. Eso marca mucho, confiere estilo. Vende.

Luego también cuenta el nacer en la capital de capitales, en una casa totalmente pagada, zona residencial *Verde que te quiero verde* (verde dólar, verdes prados) e ir en autobús privado al *Colegio Mayor Santísimos Hermanos Pomposos* en lugar de nacer en una capital de provincias, entre cuatro paredes con doble hipoteca en la *Barriada del Perro Muerto* e ir andandito al *Instituto de Bachillerato Sálvese quien Pueda*.

Pijoski y yo nos conocimos en verano. Sus familia había comprado un chalet en mi ciudad, en primera línea de playa, para pasar allí quince días al año.

Yo había aprobado la selectividad con buena nota y me había matriculado de Ingeniería Técnica en Pito del Sereno, aunque no estaba precisamente de vacaciones. Por las mañanas cogía la bici y me iba a un curso intensivo de inglés (en el *Sálvese Quien Pueda* el nivel estaba muy por debajo de la línea de flotación), y luego le daba clases particulares de matemáticas a un enano violento e hiperactivo por cien duros la hora, para poder pagarme las cervecitas. Luego me iba a la playa. Pijoski había suspendido todo el COU, pero se había sacado el carné de conducir y le habían comprado un Golf. Cada vez que me invitaba a un café pagaba con un billete de cinco mil, nuevecito. Luego metía la vuelta en la cartera de piel, que dejaba junto al teléfono móvil y las llaves del Golf.

-El Golf *viene* con aire acondicionado de serie -decía.

Solíamos pasar las tardes cerveza en mano, charlando sobre el futuro.

-No quiero que se acabe el verano, pero el enano me tiene hasta los cojones, tío. ¡Qué ganas de perderlo de vista! Además estoy deseando empezar la facultad. Tiene que ser alucinante... se acabó empaparse de teoría absurda, ahora todo el día entre ordenadores, dando las clases con proyectores en 3D... ¡seguro que hay androides experimentales andando por los pasillos!

Pero qué gilipollas se puede llegar a ser. Si me hubiesen contado el atracón de tiza y fotocopias que me esperaba, no me lo hubiera creído.

-Yo me voy a cambiar de colegio, en éste no me va bien. No me gusta como dan las clases, ¿sabes?. Mi padre me ha metido en el *San Cipriano*. Me ha dicho que me relaje este verano, pero que el curso que viene no puedo fallar. Le ha costado la matrícula cuatrocientas mil pelás...

El verano siguiente yo sufría el desgarró esfinteriano típico del primer año de carrera, y Pijoski había aprobado COU con sobresaliente. Ya estaba matriculado de Economía en la *Universidad de Fausto*. Yo no me explicaba como había ocurrido el milagro. Parecía efectivo eso de prenderle cuatrocientas mil velas a San Cipriano.

II.

Aquel verano no fue muy diferente para Pijoski. Iba y venía con su Golf estrenando billetes de cinco mil. Yo seguía yendo en bici a clases intensivas de inglés, y enseñando trigonometría a otro enano, exactamente igual de insoportable que el anterior. Por las tardes me ahogaba entre circuitos de alterna e integración en dos variables.

Una día, un amigo que curraba en un almacén me contó que al sábado siguiente tenía que hacer un extra, pero que no podía. Necesitaba un sustituto así que había pensado en mí. El trabajo era fácil: venía un camión de cervezas y había que descargarlo. Mil pelás por hora, cinco horas, y sólo le tenía que dar a mi amigo cien duros por la consultoría. Eso eran casi dos semanas menos aguantando al enano.

Así que allí estaba yo, el sábado a las seis de la mañana, en la puerta del almacén. A la media hora llegó el camión, que resultó ser de largo como un tren. Las cajas de cerveza eran enormes. En total habría unas ochocientas mil, y parecían estar soldadas unas a otras formando una especie de gran muralla china. Intenté levantar la primera pero no quería moverse. Lo intenté de nuevo y empecé a sudar. De pronto me acordé del enano. Me parecía una adorable criatura. ¿Estaría bien? ¿Tendría alguna duda sobre trigonometría? ¿Y si me echaba de menos?

Cuando llevaba veinte cajas me di cuenta de que en realidad toda mi vida había querido dedicarme a la enseñanza. Pensé que lo mejor que podía hacer era salir corriendo de allí en ese mismo instante e ir a matricularme en magisterio.

A las doce había acabado con las cervezas. Mil botellas. Estaba tan exhausto que podía sentir perfectamente el peso de mis cojones, y me parecía insoportable. Pensaba en amputármelos cuando el jefe de almacén me dijo:

-Bueno, vamos a lo de la promoción.

Resulta que había una promoción veraniega: *Encuentra tu Chipiklander*. Cada botella de cerveza tenía que llevar una anilla de plástico al cuello con un número, y para cada número había una tarjeta con un premio. Me dieron una bolsa enorme con mil tarjetas y otra con mil anillas. Tenía que coger una tarjeta, comprobar el premio, contabilizarlo en una lista, buscar la anilla correspondiente, y acoplarla a una botella con unos alicates especiales. Al menos ese trabajo podía hacerlo sentado. No tendría que amputarme los cojones.

A las tres de la tarde había terminado. Contabilicé novecientos "sigue buscando", cincuenta "cerveza gratis", cuarenta y ocho "rasca para ganar una gorra con ventilador", y un Chipiklander. Faltaba un par tarjeta/anilla. Pensaba que iba a cobrar nueve horas, pero el jefe me dijo "Ahí van tus cinco mil", y me regaló la cerveza que se había quedado sin anilla. No me quedaban fuerzas para protestar así que me callé, cogí la bici y me fui a la playa, deje la cerveza en la arena y me morí en la toalla.

Pijoski apareció al rato.

-Chaval, que se te va a calentar la *Nuremberg*.

Joder. Hasta ahora no había reparado en la marca. Parece que cuando se manejan las cosas de cerca se le pasan a uno ciertos aspectos superficiales.

-Ahora *vienen* con una anilla, ¿no? Dicen que te puede tocar un reproductor de DVD.

-No, no *vienen* con ellas, lo cierto es que *hay que ponérselas*. Creo que de DVD nada, de cada mil cervezas noventa y nueve no tienen premio, cincuenta tienen cerveza gratis, cuarenta y ocho rascas a ver si te toca una gorra, y una tiene un Chipiklander. La que sobra siempre se la regalan a algún gilipollas.

-Hala chaval, que control, ¿no? ¿Estás estudiando marketing?

Era un buen tío, es sólo que no tenía ni idea de dónde salían las cosas ni de lo que costaban. Para él los coches nuevos venían con aire acondicionado, no se lo instalaban individuos de manos callosas y grasientas en alguna oscura cadena de producción, y los billetes de cinco mil venían con la cartera, no significaban cien cajas de cerveza bajo el abrasador sol de Agosto un sábado al mediodía. *La Nuremberg ahora venía con anilla*. Para él las cosas nacían en los escaparates. Él siempre solía hablar de todo con la misma ligereza. No sabía lo que pesaba una caja de cerveza.

-¿Sabes? El último año de carrera lo hago en Londres, y salgo licenciado y con Master en Dirección de Empresas -me contó.

-¿Y luego qué vas a hacer?

-Pues buscar un puesto de director...

Así de fácil. Desde niño me había resultado intrigante el concepto de director. Recordaba haber ido con mis padres a algún concierto clásico. Unos doscientos tíos sudaban la gota gorda con sus violines, sus contrabajos, sus trombones, y luego un tío de pie, sonriente con su traje impoluto, meneaba un palo. No entendía que clase de instrumento era ése. Una vez le pregunté a mi padre:

-Papá, ¿el palo suena como la flauta?

-El palo no suena, hijo. Se llama *batuta* y es para dirigir. Indica a los demás lo que tienen que hacer -me contestó.

Yo no podía entenderlo. A mí me parecía que los demás estaban pendientes cada uno de sus papeles. ¿Y qué pasaba si al del palo le daba un yuyu y se caía al suelo? Intentaba imaginarme a los músicos de pronto mirándose unos a otros confusos, preocupados, sin saber muy bien qué hacer, sufriendo la ausencia del palo de dirigir. Veinte años después aun me sigo haciendo la misma pregunta. Pero he aprendido que, a veces, el palo sí que suena como la flauta. Por casualidad.

III.

Pasó el tiempo y ya no nos vimos tanto. Yo compaginaba la carrera con un puesto de programador en una empresa líder en el sector, donde me mataba a currar y cobraba una mierda. Nos pagaban bastante menos que a los que trabajaban en la gran capital exactamente en el mismo puesto. Los gerentes siempre nos recordaban que "nosotros teníamos la playa". Parece ser que la playa la pagaba la empresa y nos la deducían del salario. Mis veranos solían venir con segundas y terceras matrículas así que la playa la tenía de fondo de pantalla.

Un día de navidad Pijoski me llamó desde Londres:

-¡Feliz Navidad, chaval!

-Igualmente, ¿qué tal por allí?

-Alucinante, tío. ¡Te tienes que venir! ¿Por qué no te escapas una semanita?

-Estaría bien... si sobrevivo a los exámenes de Febrero, intentaré tomarme unas vacaciones.

Con kilos de vaselina conseguí sobrevivir, así que me fui una semana a Londres. Me quedaba en la habitación de Pijoski en la *Saint Posh Students Residence* al lado de la *Royal Monkey Business School*. Pijoski no tenía vacaciones, simplemente no iba a ir a clase en toda la semana. Luego tenía exámenes.

-¿Y cuándo vas a prepararte los exámenes? -le pregunté.

-Bueno, en realidad casi todo son *trabajos de investigación*. Nos vamos al aula de Internet, nos bajamos cualquier cosa, lo cambiamos un poco y lo presentamos.

Vaya, ¿y esto era un Master en Dirección de Empresas? No quería ni imaginarme cuántas velas había tenido que poner esta vez.

Lo primero que hicimos fue emborracharnos. Como cada viernes, la Royal Monkey organizaba una fiesta en uno de los amplios locales de la facultad, y allí que nos fuimos. Aquello estaba lleno de Pijoskis. Niños muy ricos que hablaban un inglés muy pobre y que acabarían moviendo la batuta en alguna parte.

Estábamos tomando unas pintas en una gran mesa de madera. Pijoski le enseñaba su portátil nuevo a un chaval que lucía un reloj de oro más o menos del tamaño de un donut.

-Me lo compré la semana pasada cuando me llegó la transferencia. Viene con BlueTooth.

-Pues yo ahora al mío le he comprado el Windows XP, que viene con mp3.

El del donut tampoco había levantado nunca una caja de cerveza. Y el caso es que le mirabas y no parecía tonto. Yo creo que debía ser por el reloj.

-Tengo una asignatura de informática, ¿sabes? -me dijo Pijoski

-¡Vaya! ¿Y que os enseñan?

-Un poco de todo.

-Yo ahora estoy liado con Java -le comenté.

-Ah, Java está muy bien, ahora viene con correo electrónico de serie...

-¿¿Qué?? Ah, ¿te refieres a JavaMail? Bueno, ahora es que lo han integrado en la API del J2EE, pero hace mucho que está disponible como paquete que podías descargar.

-Hala chaval, que control, ¿no?

Normal. Me había descargado ya varios camiones de JavaMail. Apareció una alemana rubia, una preciosidad que más que andar parecía deslizarse sobre el suelo, saludó y se sentó con nosotros. Se dirigió a mí:

-You are new here, aren't you?

-Yep, just visiting. I'll be gone in one week.

-Hala chaval, que control, ¿no? -empezaba a cansarme de la misma cantinela.

-Tú has estado en Estados Unidos, ¿no? -me preguntó el del donut.

-Si, muchas veces. Iba en bici.

En fin. Desconecté un poco del chaval del donut de oro y me dediqué a charlar con la alemana. Reímos y bebimos y charlamos largo rato. Me gustaba la chavala. Era guapa e inteligente, y conectábamos bien. Pijoski me soltó:

-Chaval, esta piba me mola hace tiempo, ¿sabes? ¿Por qué no la convences para que se venga a la habitación esta noche?

-Pero tío, ¿quieres que te haga de mamporrero, o qué?

-Venga chaval, es que tú controlas más inglés...

Seguí conversando con la rubia y acabamos los tres en la habitación. Pijoski encendió unas velas e intentó poner música en el portátil, pero no pudo.

-¿Le puedes echar un ojo a lo del mp3, tú que controlas?

Realmente me estaba cansando del tema del control. Parece que en el mundo era mejor ser inútil, te quedaba más tiempo libre. Cogí el portátil, que tenía uno de esos temas de escritorio de letra gótica amarilla sobre fondo psicotrópico diseñado para fundir la retina. Hice doble clic sobre un mp3, y en vez del típico reloj de arena el puntero del ratón mostró una

animación de toda la batalla de Troya. Luego se abrió el Notepad y me enseñó las tripas del fichero mp3.

Ya casi lo tenía arreglado cuando me cayó encima un calcetín. Pijoski y la alemana se revolcaban sobre la cama.

-Eso ya está -dije-, me voy a dar una vuelta, ¿vale?

Pijoski me guiñó un ojo.

-Me ha tocado premio, chaval...

Sí, y yo a rascarme la polla a ver si me tocaba una gorra con ventilador. Me preguntaba por qué. ¿Así de sencillo? Yo controlaba. Otro se llevaba el revolcón. Pero claro, aquel revolcón a mí no me pertenecía. Yo era un visitante, un intruso. Él siempre había estado allí, pertenecía a aquel sitio y aquel sitio le pertenecía a él. Había nacido por encima de *la línea*. Salí en silencio de la habitación, cerrando tras de mí la puerta marrón, y me hundi de nuevo en la mierda. Al menos ya sabía lo que era un Chipiklander.

IV.

Volví a mi carrera y a mi cubículo en la empresa líder en el sector que compraba playas para sus empleados. Me subieron muy poco el sueldo y muy mucho la responsabilidad. Me dedicaba a proyectos internacionales así que viajaba continuamente. Fumaba mucho, me administraba café por la vía intravenosa y una navidad la empresa me regaló un paraguas. En Agosto quedó una vacante de Gerente de Cuentas Internacionales; alguien había tenido una crisis de stress y había decidido dedicarse a la cría del berberecho. Me fui de vacaciones, sabiendo que a la vuelta me darían el puesto. Me pasé una semana tirado en la playa. Lo había conseguido. Se acabó bucear en la mierda.

El uno de septiembre volví al trabajo. Revisé el correo electrónico atrasado: casi todo consultas del consultor. Claro, tenía sentido. *¿Qué versión de JavaMail estamos usando?* Joder, no me acuerdo. Me conozco el paquete clase por clase y método por método. Pero se me ha vuelto a olvidar la marca de la cerveza.

El último correo era una grata sorpresa: *"Hoy se incorpora a la compañía, en el puesto de Gerente de Cuentas Internacionales, Borja Pijoski Sáez de la Minglanilla. Cuenta con amplia experiencia en dirección, está especializado en consultoría de Java y es bilingüe. Su despacho es el 205, no dudéis en pasar a darle la bienvenida..."*

Cielos. ¿Habría vuelto a obrar San Cipriano? Me encaminé a su despacho. En la puerta había una placa dorada: "Señor Pijoski", subrayado con una línea marrón.

Respiré hondo y golpeé tres veces sobre la puerta. Me iba a alegrar de verle pero sabía lo que me esperaba:

-Hala chaval, ¿pero que haces tú aquí!?

-Pues lo de siempre. Descargar camiones y hacer de mamporrero para que tú te lleves el Chipiklander.

Proyecto bicicleta

¿Cómo es posible que un individuo absolutamente lego en materia de software sea capaz de dirigir un proyecto sin que se le vea el plumero? ¿No debería hacerse evidente su incompetencia? ¿No debería fracasar el proyecto estrepitosamente? Sin embargo, estos individuos conservan sus puestos durante años (normalmente hasta la quiebra de la empresa).

La clave de este misterio está en el *proyecto bicicleta*.

A grosso modo, las fases de un proyecto bicicleta son: Análisis de requisitos, diseño, implementación, fase de pruebas, entrega, revisión. En la fase de análisis de requisitos el cliente informa de lo que desea, en la fase de diseño se da forma al producto, en la fase de implementación se codifica, en la fase de pruebas se comprueba que todo haya ido bien. Las cuatro primeras fases pueden parecer las más importantes, pero en un proyecto bicicleta resultan ser del todo prescindibles. Se deja todo a la fase de revisión (que le suele tocar a uno).

En estas primeras fases nuestro amigo manager no trabaja (simplemente es incapaz), tan sólo *sale del paso*. Hasta la fase de entrega no hay nada de que preocuparse, se trata de disimular. Pero claro, algo tangible hay que tener, algo que enseñar a la directiva en las reuniones. ¿De dónde se saca? Simplemente se baja de internet o se compra. Digamos que el cliente necesita un sistema de workflow, accesible por web y que sea escalable. Pues bien, se va uno a un buscador y se introduce "cheap web-based workflow system java source code download". Se navega un poco, se busca un producto con colorido futurista, se saca la tarjeta de crédito, y *voilà*. El proyecto bicicleta ya tiene forma.

A continuación nuestro amigo manager designa un equipo de desarrollo para las fases dos, tres, y cuatro. La experiencia le ha enseñado que para proyectos bicicleta se deben escoger desarrolladores cuanto más lerdos mejor, para que no se den cuenta del pastel (aquí se sigue

el principio del "traje del emperador").

Podemos empezar a sospechar que en la mesa de al lado se esta cocinando un proyecto bicicleta cuando el equipo de lerdo-desarrollo juega al 69 profesional. Se intercambian comentarios-perla muy pomposos, tales como "los canales de intercambio de información son muy limpios", "el factor usabilidad es determinante en el diseño de los javabeans", "ya he incrementado el número de parámetros del constructor, te mando el punto class por mail", o "este JSP tiene tres mil líneas porque he aplicado un patrón FACADE de acceso concentrado".

Dos meses después llegamos a la fase de pruebas. Obviamente el producto es una mierda. Pero las pruebas corren a cargo del mismo equipo, y los niños de uno nunca son feos. Así que con la cabeza bien alta, se prepara un zip, un manual de instalación, y entrega tú, Carlitos, que a mí me da la risa. ¿Estado del proyecto? Entregado. Viernes noche. Cena de proyecto. Aplausos, risas, más 69. El lunes llegarán las sorpresas.

Ilustremos la fase de revisión con un ejemplo gráfico:

El proyecto porsche.

Llega el lunes y uno abre el correo. Subject: "Incidencias en el proyecto Porsche". Te requieren "un par de días" para "echar una mano" con "unos bugs". Reunión dentro de quince minutos.

Entras al despacho. Ahí esta nuestro amigo manager. Te explica la historia: el proyecto Porsche es uno de los más punteros de la empresa (uno sospecha que es puntero a null). Se han aplicado novedosas técnicas de diseño e implementación y se ha conseguido entregar un producto perfectamente acorde a los requisitos del cliente: un porsche descapotable, seguro, ligero, veloz, de bajo consumo y de bajo coste. Se ha hecho rápido y bien. Un éxito. En la fase de revisión han surgido unas pequeñas incidencias que hay que revisar.

Bien. Vamos a ver la maravilla. Entramos al hangar del proyecto porsche, y ahí está la criatura: una bicicleta. De paseo. Sin cambio de piñón ni nada. Lleva una pegatina detrás del sillín con el logo de la empresa y la palabra "PORSCHE". En la cesta va un certificado de AENOR. Aquí uno normalmente monta en cólera y empieza a gritar que quiere ir a hablar con el director, los socios fundadores, los clientes, los accionistas, el papa de Roma. Uno quiere ver a alguien colgado en la plaza pública.

Lo que sucede acto seguido es que a uno le llevan a un despacho en recursos humanos y le aplican de nuevo el método combinado "Ludovico/Habitación 101". La chavala de RRHH, que se suele llamar Maika o Ivon y va vestida con ese traje de pantalón negro y tacones estilo mujer corporativa con master en dirección de empresas, nos interroga con voz de Valium 500:

[Ivon] Señor Fuckowski, ¿cuáles son sus quejas respecto al proyecto porsche?

[yo] ¿¿PERO QUE PORSCHE!??

[Ivon] El proyecto porsche, uno de los mas punteros en...

[yo] ¡¡Que sí, que sí, que me sé la película!! ¡¡Pero es que "eso" es una bicicleta, y se supone que tengo que convertirla en un porsche en dos días, y me han dado un destornillador y un bote de pintura!!

[Ivon] Señor Fuckowski, es cierto que *el porsche* presenta algunas incidencias, pero..

[yo] ¡¡BICICLETA!! ¡¡BICICLETA!!

[Ivon] Señor Fuckowski, ¿está atravesando una crisis personal? Debe haber una razón para su postura negativa acerca del porsche.

[yo] No. Estoy perfectamente. O lo estaba, hasta que vi la bicicleta.

[Ivon] Habitación 101, señor Fuckowski .

Habitación 101. Silla con correas. Camisa de fuerzas. Logos de la corporación. Certificaciones de calidad. Proyector XGA. Pantalla panorámica que muestra una enorme bicicleta de paseo. Allí nos espera el director de la empresa.

[director] Señor Fuckowski, *describa usted este porsche*.

Me ahorraré los detalles de la tortura, pero implica disertaciones sobre la actitud positiva, la creencia en la visión de la empresa, la auto motivación, la letra pequeña del contrato. En definitiva, que si no ves el porsche vas a la calle.

Después del almuerzo ya está uno perfectamente motivado, asistiendo a una conference call

entre la empresa, representada por el manager, y el cliente, representado por un consultor con traje negro y corbata chillona, contratado ayer, que cobra 100 euros la hora mas dietas, y al que no le interesa decir "meteos la bicicleta por donde os quepa" y cobrar 25 euros por quince minutos.

[consultor] Bien, vamos a *clarificar* las incidencias respecto al porsche. Lo primero que hemos notado es que le faltan dos ruedas.

[manager] Sí, hemos optado por el diseño minimalista que va con nuestra visión de empresa: "práctico, funcional, óptimo".

[consultor] Ya veo. Pero un porsche con dos ruedas no casa con nuestro modelo de negocio. Lo necesitamos de cuatro ruedas.

[manager] Creo que podremos *refactorizar* el porsche y hacer un *clone* para añadir dos ruedas extras, ¿cierto? -me mira a mí

[yo] ¡¡Sí, jajaja!! ¡¡Chupado!! Dame una hora.

[consultor] Perfecto. Bien, la segunda incidencia. No encontramos la capota.

[manager] Sí. Lo querías descapotable, ¿no?. Pues hemos simplificado mucho la *usabilidad* retirando la capota.

[consultor] Bien, pero no sólo la queremos quitar, *también la queremos poner*.

[manager] Ah. Eso no está especificado en los requisitos iniciales, así que lo consideraremos *funcionalidad extra* y lo cobraremos por separado. ¿Que impacto tiene este *nuevo requerimiento* en el sistema? -me vuelve a mirar.

[yo] Afortunadamente los interfaces están muy limpios, así que podremos modificar la capa externa sin impacto en el kernel, jajaja.

[consultor] Perfecto. Otra cuestión, ¿dónde están el contacto y la llave? Cualquiera podría robarnos el porsche.

[manager] Hemos optado por el *modelo multiusuario* para la implementación inicial, pero podemos añadir un *módulo de seguridad* al sistema, ¿no?

[yo] ¡¡Síiiiiii!! ¡Precisamente tengo aquí un módulo de encriptación SSL para porsche!

[consultor] Brillante. Sólo dos incidencias más. Se requiere demasiado esfuerzo al usuario para completar tareas con el sistema. ¿Podrías cambiar los pedales por un motor?

[manager] En principio queríamos dar la máxima libertad de acción al usuario, por lo que hemos optado por un modelo de *cliente pesado*.

[consultor] Bien, pero consideramos excesiva la cantidad de trabajo que se deja al usuario.

[manager] Podemos llegar a un *compromiso razonable* entre la libertad del usuario y la automatización de procesos, ¿no es cierto?

[yo] Indudablemente. Sustituiremos el motor de giro asistido por pedales por uno compatible asistido por pistones. Quizá requiera añadir un módulo de almacenamiento externo para combustible, pero siempre lo podríamos poner en la cesta, jajaja.

[consultor] Estoy contigo al cien por cien. La última: el sistema no ha superado las pruebas de rendimiento. En los requisitos consta que el sistema debe alcanzar los doscientos por hora.

[manager] El rendimiento siempre puede variar dependiendo de la plataforma. Las especificaciones de este sistema son "*carretera de hielo con un 70% de pendiente descendiente*".

[consultor] Bien, verificaré qué plataforma estamos utilizando en explotación. Pero creo que vamos a necesitar más velocidad.

[manager] Siempre podemos *afinar el kernel*, ¿no es cierto?

[yo] Cierto como que me llamo Fuckowski.

[consultor] Muy bien, caballeros. Ha sido un placer.

Tres de la mañana. Un termo de café. Un cubo de pintura, un destornillador. Y una bicic.. un porsche.

Teddybear Consulting

Hace poco volvía del trabajo en tren, meditando sobre diferentes aspectos trascendentales de mi existencia (en qué me he equivocado, de dónde sale tanto inútil, a qué huele un recurso humano...) cuando intercepté una conversación mantenida en los asientos contiguos:

-Entonces, ¿cómo *os ha ido* el año fiscal?

-Nada mal, *hemos facturado* casi un 15% más que el año anterior.

-Pues *nosotros hemos mantenido* el nivel de crecimiento.

Las voces venían de detrás de dos ejemplares de revistas de economía. Vaya, -pensé- ahí tenemos a dos grandes directivos. De esos que hablan de millones de euros como el que habla de irse de tapas, de los que deciden hoy las tendencias de los mercados de mañana, de esos que...

-Bueno, hasta luego Javi, yo me bajo aquí que voy a clase de bádminton.

-*Venga*, nos vemos Fran...

Eran dos chavales enfundados en trajes que les quedaban grandes. Aún presentaban restos de acné. Sus tarjetas identificativas rezaban: Javier Maneras, Bibiandersen Consulting, Junior Consultant; Francisco Minglanillas, Teddybear Point, Junior Consultant. Javi salió del tren. En una mano su revista financiera, en la otra una bolsa con un yogur líquido y una pera. Se perdió entre la gente caminando con esa rectitud característica del empleado satisfecho de gran multinacional, tal que si llevara una escoba metida por el culo. Minglanillas volvió la mirada a su panfleto con una media sonrisa tipo "*psé.. a ver que pone aquí.. pero vamos que ya me lo se...*"

Hemos facturado. Nosotros. La corporación. Ya no hay más yo, ahora sólo hay nosotros. El plural corporativo. "Yo curro, tu curras, él cobra, nosotros facturamos, vosotros facturáis, ellos viven de puta madre". Y todos tan contentos.

¿Cómo se las apañan estas grandes compañías para tener a la mayoría de sus empleados trabajando sin hora de salida, muchas veces de lunes a domingo, con salarios inicialmente míseros que crecen bastante más despacio que el stress, y aun así autosatisfechos, corporativizados y mineralizados? ¿Drogas, hipnosis? ¿Método Ludovico, Habitación 101?

No. No es necesario. Sólo se necesita aplicar el principio de la corporación americana: *tratar al empleado como si fuese un cliente*. ¿Y cómo se trata al cliente? Encendamos un momento el televisor: "*con tu móvil Cadena hoy ya eres un poco más libre... Hostias padre Benito ¿A ti cuántas te daban?... Mecheros Inmolator, la chispa de la vida...*"

Efectivamente. Al cliente se le trata como si fuese gilipollas; al empleado también. Y funciona. Funciona de maravilla...

Viernes, 8:45 AM, Oficinas de Teddybear Point Consulting. Director técnico al teléfono con un cliente.

[director] ¿¡¡MESAS!!? No, no, de mesas nada. Si lo que queréis son mesas las compráis en Ikea. Nosotros lo que os ofrecemos son *superficies cuadrúpedas de despliegue y explotación compatibles dot NET y J2EE, con sistema de sincronización de filostros y derivación de forlayos*. ¿Que no necesitáis tanta tecnología? Bueno, no es eso lo que piensa *vuestra competencia*. No sabes la que se avecina en el sector... créeme, nuestros últimos análisis indican que en tres meses todo modelo de negocio que no contemple la derivación de forlayos en sus superficies cuadrúpedas va a quedar *obsoleto*. No querréis quedaros fuera, no... Sí, sí, exactamente... considéralo una inversión a medio plazo. *Invertir en forlayos es posicionarse en el mercado del mañana*. ¿Para el lunes? Sí, no te preocupes, te mando a nuestro mejor analista... Okey. Hasta pronto.

Colgó el teléfono y accionó el intercomunicador:

[director] Maika, buenos días, hazme un favor: llámame al despacho a algún *Junior* con la hora de overtime a menos de 15 euros. Si, ahora mismo. Gracias.

[megafonía] Don Francisco Minglanillas, don Francisco Minglanillas, acuda a dirección...

Fran salió de su cubículo, se apretó el nudo de la corbata y se introdujo su mejor escoba. A los cinco minutos estaba entrando al despacho del director, que le esperaba con los brazos abiertos y una enorme sonrisa de dientes puntiagudos.

[director] ¡Señor Minglanillas! Póngase cómodo... Ha surgido una gran oportunidad e inmediatamente hemos pensado en usted. Se trata de un proyecto de superficies cuadrúpedas.

[Minglanillas] ¿Filostros y forlayos?

[director] Excelente. Sabíamos que era usted el candidato ideal. Le vamos a pedir un pequeño sacrificio, señor Minglanillas. El proyecto tiene que estar listo para el lunes.

[Minglanillas] Cuente con ello.

[director] Excelente. Sabíamos que estaría usted a la altura. Considérelo una inversión a medio plazo: los expertos en filostros de hoy son los analistas de mañana.

[Minglanillas] Una cuestión: todo proyecto de superficies cuadrúpedas requiere de una logística inicial. ¿Está ya preparada?

[director] Ah sí. *Las mesas*. Cómprelas usted esta misma tarde en Ikea.

Minglanillas salió del despacho repitiéndose mentalmente: *Analista, analista, analista...* Tenía una erección. Buscó un rato por internet y descargó dos archivos pdf: "*Filostros in a Nutshell*" y "*A qué huele un forlayo*".

La importancia de llamarse Monchito

I.

MAIL FROM: Marketing

TO: Staff

Estimados todos,

Recordaros que el día 8 se cierra la convocatoria de presentación de eslóganes para el proyecto XNetCitizens, que será lanzado el día 15 del mes en curso (presenta tu propuesta pulsando [aquí]).

Sin más, daros las gracias por la masiva participación en el concurso, y deseamos suerte.

Maika.

Gilipolleces. Un portal con perfiles personales, chat, y mil y una chorradas para que cada freaky pudiera tener su alter ego Tolkieniano y una o más novias virtuales, además de amigos de baja resolución. Pulsé el link.

Concurso eslogan XNetCitizens.

Introduce tu propuesta:

ENVIAR.

Pues no sé. ¿Qué tal "sal a la calle a que te dé el sol, coño"? O quizá "XNetCitizens, donde no te quitarán el bocadillo". Estaba a punto de enviar la última frase cuando apareció mi obeso y sudoroso manager con un Empleado Sonriente No Identificado.

El manager me lo presentó. Se incorporaba a la fase de pruebas. No recuerdo cómo se

llamaba el menda. Andrés, Román, qué más da. El caso es que era un capullo. Al principio casi me cayó bien, cuando él pensaba que yo le convertiría en desarrollador. No tardó en irse todo al traste.

Era bajito, delgado, de piel blanca y mofletes rosados, y siempre tenía una sonrisa infantil muy forzada. Parecía un muñeco ventrílocuo, así que lo bauticé mentalmente como Monchito y aquí paz, y allí gloria.

Por lo visto era licenciado en matemáticas. Había dado clases en un par de colegios, y luego había asistido a un curso de ofimática avanzada. No mucho después entró en la empresa de *Junior Tester*. Y era bueno, muy bueno. No se le escapaba una. Tras sólo dos días en mi proyecto presentó un informe que me sacó una sonrisa. Daba gusto ver a alguien preocupándose por lo que hacía. La tercera pantalla tiene mal ordenada la tabulación de cajas de texto, inconsistencia estética en la pantalla de log out, el menú no se visualiza correctamente con Mozilla, tipo de letra incorrecto en dos opciones de la barra de navegación... en total sesenta y dos incidencias. El tío trabajaba a conciencia.

Él repasaba y yo parcheaba. Escudriñaba el producto de forma inmisericorde. Me tenía machacado, pero era mejor que tener a algún inútil mareando la perdiz y que las incidencias te las acabara indicando el cliente, cabreado y con prisas. Bajamos a la cantina a tomar un café. Él me preguntó:

-¿Cuál es exactamente tu puesto? Parece que te encargas de todo, desarrollo, sistemas, soporte...

-Sí, mi puesto es Pito del Sereno. Pero en mi contrato pone Desarrollador Senior, si es lo que quieres saber -respondí.

-Eso. Yo quiero ser desarrollador.

A un matemático le resultaría fácil manejar la algoritmia, las funciones, los objetos. Un poco de lenguajes formales, otro de OOP, y ya podría empezar. El TCP/IP era otra historia. A alguien que había hecho un simple curso de ofimática no le iba a resultar fácil asimilar todo el tinglado. Código java que se ejecuta en un servidor, con objeto de crear HTML que se envía a un cliente, normalmente incluyendo código javascript que se ejecutaría finalmente en el cliente quizá con referencias al servidor...

-¿Estás seguro? Mira que si no es una verdadera vocación, resulta igual de agradable que clavarte astillas debajo de las uñas...

-Ya será menos, con ese sueldo.

Ah. El sueldo. Sí, yo cobraba más que él. Pero no estaba seguro de que compensara.

Esa tarde le envié unos cuantos ficheros pdf de iniciación a la OOP, al TCP/IP, al J2EE. Si tienes alguna duda, no dudes en preguntar, le indiqué.

II.

A los cuatro días ya me estaba tocando los cojones. Tuvimos una reunión de diseño, el manager y yo. Monchito vino "por si podía dar alguna sugerencia", y lo que dio fue un coñazo espantoso. Empezó a soltar improperios sobre robustez, dinamismo, flexibilidad, servidores, clientes, clusters... parecía que en vez de leerse mis pdfs se los hubiera metido por el culo.

Pero siempre que el gordo soltaba alguna de las suyas (montar un cluster en un solo PC, compartir carpetas del servidor a todo Internet), Monchito asentía sonriente. *Sí, sí, es una gran idea, oh, genial...* Me tocaba las narices, pero de pronto me imaginé a Monchito sentado en una mesa alta de una sola pata, con un traje rojo y los pies colgando, y al gordo engominado y vestido de frac metiéndole una mano por detrás de la cabeza para moverle la mandíbula.

Un cluster en una sola máquina es robusto, ¿verdad Monchito?

¡Claro jefe! ¡Robusto como mis piernas de formica!

Tuve que ir al servicio porque no me podía aguantar la risa. Quince minutos estuve allí dentro. Me relajaba, pensaba que se me había pasado, y cuando estaba a punto de entrar a la sala de reuniones me volvía a dar el ataque y tenía que volver al cuarto de baño. Cuatro veces tuve que repetir el proceso, y al entrar de nuevo a la reunión me forcé a pensar en la muerte de Chanquete para no descojonarme.

Cada vez que yo sacaba el destornillador lingüístico y desmontaba alguna de las subnormalidades del gordo, Monchito me miraba raro. Normal. Otro que pensaba que leyendo revistas de decoración de interiores ya podía codearse con arquitectos. Entendía que Monchito se lo estuviese pasando bien jugando a los programadores; yo me lo pasaba bien de niño jugando a detectives. Pero coño, ahora iba en serio, cobrábamos por ello. Además fijo que la mierda que él generase (y tal y como había empezado, iba a ser mucha) la acabaría limpiando yo. Total que me fastidiaba ser una vez mas el aguafiestas, pero como dice el dicho, o follamos todos o tiramos la puta al río. Si yo tenía que programar de verdad, él también. Para payasadas ya teníamos el circo.

La reunión aún duro dos horas. Tuvo de todo: payasos, elefantes, trapecistas, un mago que de su sombrero sacaba mierda tras mierda, y como actuación estelar, el domador de Fuckowskis. Eso fue al final, cuando el gordo empezó a aplicarme sus correctivos de actitud; los viejos *todo es posible para un buen programador, hay que llegar a un compromiso entre calidad y valor, la técnica de Extreme Programming afirma que sólo hay que desarrollar lo que el cliente pide*. En resumen, hagamos una gran chapuza para salir del paso, rapidito, y no me digas que no lo puedes tener para ayer. Y yo que bueno, que sí, pero que el análisis funcional lo hace Rita que para eso le pagan.

Cuando acabó el número del domador, Monchito ya no me miraba raro. Me miraba por encima del hombro. Yo sé lo que pensaba: "el listillo éste, que se cree que yo no tengo ni puta idea". Salimos de allí. Yo me fui directo a limpiar las cagadas de los elefantes; Monchito y el gordo fueron a comprar algodón dulce para irse dando pedacitos el uno al otro disfrutando de su reciente idilio.

A la hora del almuerzo coincidimos en la cantina. Yo tenía algo que decirle a Monchito. Sabía que era un error, pero me sentía en la obligación.

-Te recomiendo, en esto de la programación, empezar desde abajo. Está bien leer, mantenerse al día, pero hay que picar mucho código para dominar ciertos conceptos, los problemas que pueden plantear uno u otro diseño, etc... Ah, y no le prestes demasiada atención al manager, *habla desde una perspectiva demasiado general* -que bonito eufemismo para afirmar que en vez de cerebro, el gordo tenía una piedra pómez.

-Oh, no seas tan negativo; ahora estamos trabajando en el análisis de la versión 2.4 y él se va

a encargarse de codificar, así que no creo que sólo tenga una perspectiva general...

Espera. Demasiadas puñaladas para una sola frase. Primero, otro que me venía con el rollo del negativo. Luego, *¿estamos trabajando* en el análisis? ¿Así de fácil? De tester a analista del tirón, sin picar una línea. Tan sólo tomando carrerilla y usando mi páncreas como potro de salto. Pues qué bien. Otro jefe más. Y encima el gordo iba a codificar. Hala, cachondeo. Mañana llamamos a Curro Romero, que venga vestido de luces a hacer las css.

Terminé de comer y me dispuse a volver a mi puesto de trabajo. La sobremesa siempre me la saltaba, prefería llevarme el café a mi mesa. Total, para quedarme en el gallinero cacareando prefería luego salir media hora antes y hacer algo constructivo, como sacar a mi perro por la playa, leer un libro o visitar a algún amigo (yo no había sustituido a mis amigos antiguos por amigos nuevos de dentro de la empresa; igual resultaba práctico pero no dejaba de ser una infidelidad. Además, me empeñaba en que mi vínculo con la empresa se limitase al salario; todo lo demás podía ser utilizado en tu contra).

Dejé a Monchito solo en la mesa. Él era de esas personas que preferían estar antes muertas que solas, así que se levantó y se llevó su taza de café consigo. Se acercó a la mesa de dos chavalas con las que yo nunca había hablado. Sabía que trabajaban en la sección de SAP. Eran de esas que habían estudiado informática para hacerse las intelectuales preocupadas por la nanotecnología y el derretimiento de los polos, y justificar así el hecho de no tener novio. Que eran feas, vaya.

Monchito hizo ademán de coger una de las sillas libres y dijo:

-Hola, guapísimas, ¿os importa tomar café *con un analista*? -lo dijo con retintín, como diciendo "os tengo que contar esto".

-¡Oh, por supuesto que no, analista! -le sonrieron- ¿En que estás trabajando ahora?

Aquello era superior a mis fuerzas así que me apresuré a salir de allí antes de que el analista empezase a cacarear. ¿Por qué coño era tan fácil para algunos conseguir el reconocimiento social? Llegas, te auto proclamas, y listo. Yo llevaba allí un año partiéndome los cuernos para salvar proyectos y normalmente me miraban como diciendo "a ver que le pica ahora a éste". Me estaba equivocando en algo.

III.

Salía de la cantina dispuesto a conseguir reconocimiento social. Abrí la puerta. Tres consultores estaban a punto de entrar.

-Por favor, dejad paso a un escritor -dije, y les guiñé un ojo.

-Yo no veo ninguno -dijo uno de ellos, y entró mientras yo sostenía la puerta. Los otros dos le siguieron.

Mal. Así no. Faltaba algo. Recordé a Monchito: hola guapísimas... Joder, claro. Había que dar algo a cambio.

Por el pasillo venía Ivon dando taconazos. Al cruzarnos le dije:

-Ivon, guapa...

-No tengo tiempo para crisis, Fuckowski.

Cojones. Claro, Ivon no era fea. Había que averiguar dónde le picaba al otro y rascarle ahí. Llamé al ascensor. Cuando se abrieron las puertas, Juanma estaba dentro. Era un tío que no llegaba al metro sesenta, y se había metido en un gimnasio para crecer al menos a lo ancho. Siempre iba con camisas de manga corta para lucir sus bíceps, que tampoco eran gran cosa. El tío era una piltrafa. Entonces lo vi claro. Entré al ascensor y dije:

-Aleja esos músculos, no vayas a quebrar mi frágil espíritu de escritor.

-¡Jajaja! -rió estrepitosamente- Vaya, no sabía que fueras escritor ¿y sobre qué escribes?

-Más que nada chorradas de ascensor.

-Seguro que lo haces muy bien.

Lo había conseguido. *¡Soy un ser social, soy un ser social!*, pensé.

Pues vaya mierda. Aquello era como hacer el sesenta y nueve con un travestí. Por una parte no se podía negar que daba cierto placer, pero por otra te comías una polla.

Se abrieron las puertas y ante mí quedo la enorme oficina. Éramos doscientos. En ese momento me pareció, mas que nunca, una granja. Los que habían vuelto del almuerzo charlaban en sus cubículos. *Yo esto, yo lo otro, mi nuevo tal, mi nuevo cual...* Cacareaban y de vez en cuando ponían un huevo que se llevaba la empresa. Y seguían allí, rascándose los unos a los a los otros, dándose con los picos, quitándose insectos de debajo de las plumas.

Eso hacía la gente. Poner huevos y darle al pico. Rascarse el ego, hablar de ellos mismos, distorsionar su imagen en el espejo de los demás para gustarse a sí mismos. Por alguna razón a mí nunca me había picado el ego. Tenía mis defectos y mis virtudes, pero yo me gustaba sin necesidad de distorsión. De hecho cuando me distorsionaban era cuando mas horroroso me veía.

Un momento. ¿Y si muchas de las parejas de las que se dicen súper enamoradas que te cagas o sea te lo juro, en realidad se aman *a sí mismos* a través del otro? No quise profundizar en aquello. Aún conservaba la esperanza de formar, algún día, una familia mentalmente sana.

Me senté a mi mesa, me puse los auriculares, y el *Shine on your crazy diamond* de Pink Floyd se elevó por encima del cacareo. Empecé a cerrar ventanas del navegador, y quedó al descubierto la Intranet. *Concurso eslogan XNetCitizens. Introduce tu propuesta.* Escribí:

"Dichoso aquel que sólo le pica la curiosidad, porque podrá rascarse él solo".

Enviar. Pink Floyd seguía cantando. Yo seguía siendo un ser antisocial.

Esa noche tuve un sueño espantoso. Iba al despacho del gordo a que me aclarase por qué me había mandado el análisis funcional en formato mp3. Al llegar a la puerta, oía voces. *Lllámame otra vez analista, por favor. Claro, pero tu llámame manager. ¡Manager, que estás hecho un manager! ¡Eso tú, pedazo de analista!* Abrí la puerta de golpe y allí estaban el gordo y Monchito, en pelotas, cada uno sobándole la erecta polla al otro.

-¿¡PERO, QUÉ MARICONADA ES ÉSTA!?! –grité desesperado.

El gordo le metió la mano a Monchito en el agujero de la cabeza, y le hizo decir:

-Oh, no seas tan negativo; sólo nos estamos masturbando. Tú también lo haces.

Entonces me desperté, pensando: *no es lo mismo, no es lo mismo...*

IV.

Gané el segundo premio de eslóganes, y me tocó muchos los huevos. No sería el eslogan principal, pero aparecería en banners publicitarios. A la empresa le había parecido un ingenioso juego de palabras. Por una parte, mencionar el picor y la curiosidad atraería visitantes. Por otra, suavizaba el posible prejuicio acerca de los adictos al chat, dándole un toque intelectual en lugar de marginal, convirtiendo soledad en individualidad con el juego de palabras sólo/solo.

Hostia puta. Suelto una frase inspirada en la agradable sensación de la libertad, y se convierte en un reclamo para freakies.

Camuflar soledad marginal con individualidad intelectual. ¿Era eso lo que yo hacía? ¿Me había estado justificando todo el tiempo? ¿Qué diferencia hay entre emigrar y ser desterrado? Ante los ojos de los demás, quizás ninguna. Los motivos del emigrante eran excusas para el desterrado.

Me levanté de mi asiento y miré a mi alrededor. No, yo no había sido desterrado. Yo lo había elegido. Pasar media hora más en la cantina hablando de bíceps y de análisis de orina no me parecía una buena idea. Podía hacerlo, sólo era cuestión de averiguar qué le picaba a cada uno. En el ascensor lo había conseguido. Pero no me satisfacía, simplemente. Yo quería ganarme mis títulos con exámenes, no con chantajes ni intercambios de favores.

Me quedé allí, conmigo mismo y con mi música. Y puede que todo aquello no fuesen más que pajas mentales, pero bueno; me las hacía con mi propia polla.

No me relacionaba mucho con los demás. Pero yo al menos, cuando tenía una relación, era para hacer el amor. No para hacerme pajas.

Fuckowski y el sexo

I.

Fui despertando poco a poco. La luz del atardecer se derramaba roja por entre las cortinas. Eché una mirada a mi alrededor. Mi apartamento, tal y como a mí me gustaba verlo: toda nuestra ropa desperdigada por el suelo, su minúsculo tanga al pie de la cama, varias latas de cerveza vacías; en la papelera, tres preservativos usados, cada uno con su nudo al extremo. Bueno, la verdad es que al tercero no le habría hecho falta el nudito, porque iba sin grumo.

Ella desnuda a mi lado. Luz de mis días, calor de mis noches, metro setenta de dulzura recubierto de rubia sedosa. Tenía un poco el chocho de oro, pero yo la quería; y ella a mí también. Estábamos muy compenetrados. Después de casi un año juntos ella conocía hasta la última de mis inquietudes, mis más profundos pensamientos, mis más íntimos deseos. Y viceversa: yo nunca tenía la más puta idea de por dónde me iba a salir ella al minuto siguiente.

Al principio me había esforzado en entenderla, buscar patrones, reglas, no sé, algo. A los tres meses decidí buscar retos más factibles, como averiguar el último decimal de PI.

Iba a ser un domingo de puta madre. Teníamos todo el día por delante, y yo no podía encontrarme más relajado. La noche había sido larga, íntima y sudorosa, una de esas noches de verano en las que al final, después de mucho amor, mucho sexo y mucha cerveza, el universo parecía ser como un flujo constante de alguna cálida sustancia en la que podías nadar eternamente.

Me levanté de la cama sigilosamente para no despertarla y fui al cuarto de baño. Me miré al espejo, me guiñé un ojo y me dije: "chaval, estás hecho un toro..." y luego mi ego y yo intentamos meternos en la ducha, pero mi ego no cabía así que entré yo solo.

Justo había acabado de ducharme cuando la oí llamar.

-¿¡Amor...!?

Su voz sonaba como un concierto de arpas celestiales.

-¡Dime, preciosa! -dije.

-Creo que se me ha adelantado el periodo.

Ya la jodimos. Artillería, guarden las arpas, saquen los morteros, todos a sus trincheras. Pasamos de "plácido domingo" directamente a "DEFCON2". Nuestra relación se encuentra bajo amenaza nuclear.

Mi simple y dicotómico cerebro de programador, cuyas variables podían encontrarse únicamente en los estados *sí* o *no*, se iba a enfrentar a un complejo sistema cuántico que soportaba los estados *sí*, *no*, *no sé*, *tú no lo entiendes*, *te odio* y *no quiero verte más*, o cualquier combinación de ellos. Además se aplicaba el *principio de incertidumbre*: el intento de medición influye en lo que se pretende medir. O sea, que como preguntes, peor.

Salí de la ducha, pero mi ego ya no estaba allí. Se había ido acojonado. Pues nada hombre, vamos a ver cómo capeamos el temporal. Me afeité, me vestí, y volví a la cama. Ella seguía tumbada.

-¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo de la farmacia? -pregunté.

-No, lo tengo todo en el bolso. Estoy regular... -parecía triste.

-Vale preciosa, hacemos una cosa. Tú relájate, descansa, ponte música o la tele o lo que quieras, y yo te preparo de comer lo que te dé la gana, ¿qué te parece?

-¡Quiero pollo al curry!

Una sonrisa asomó a su rostro. Vamos bien. Un par de días mordiéndome la lengua y siendo especialmente atento y todo habrá terminado.

Me metí en la cocina a preparar el menú. A conciencia, cuidando que todo estuviese como a ella le gustaba. Las cebollas fritas con mantequilla y vino blanco, el pollo con poca sal, curry del picante, nuez moscada, y bien dorado. A la salsa le eché un poco de mozzarella y un poco de miel, la pasé al microondas y luego a la batidora. El famoso *pollo al Fuckowski*. De primero, una ensalada con aliño francés. Le podía enseñar yo un par de truquitos al Arguiñano.

Hora y media estuve liado entre una cosa y otra. Salí de allí con una enorme bandeja tan bien presentada, que me daba pena que nos la fuésemos a comer. Seguro que encima del DVD quedaba de puta madre. Me sentía culpable, era como pintar la Mona Lisa y merendársela luego.

II.

Puse música *chill out*, nos sentamos cómodamente en el sofá ante la mesa perfectamente puesta, cogí una botella de cerveza, y como se me había olvidado el abridor, la abrí contra el filo de la mesa y la cagué con todo el equipo.

-¿Puedes intentar no volver a hacer eso en mi presencia? ¡Es lo peor! -me soltó, en plan borde.

-¿Lo peor por qué, reina? -pregunté con tacto.

-¡¡Porque alguien le ha puesto amor y esfuerzo a esa mesa, y tú no lo estás respetando!! -me miraba como si yo acabase de cagarme en la foto de boda de sus padres, o algo así.

-Amor, resulta que esta mesa la he pagado yo, y además venía desmontada y me pegué media hora apretando tornillos.

-Pero alguien la habrá fabricado, ¿no?

-Pues a mí me da que está hecha a máquina. Por los cuarenta euros que me costó, dudo que hubiesen contratado al padre de Pinocho -sí, ya se, me tenía que haber ahorrado la coñita.

-¿¿Te crees muy gracioso, no?? -se estaba poniendo de mala lechecilla.

-No, amor, lo siento... -se me escapaba un poco la risa de imaginarme al viejo Gepetto todo amoroso cortando maderas para hacer una mesa mierdosa de contrachapado.

-Bueno, pues no lo hagas más, ¿¿VALE??

-Que sí, lo intentaré.

Tenía narices que no pudiese uno hacer con su propia mesa lo que le diera la gana. Vale que ella estuviese susceptible, pero la mesa era mía. El sillón también, y me tenía arrinconado en una esquina. Comer me estaba resultando difícil.

-Preciosa, ¿te importa dejarme un poquito más de espacio? -le sonreí y le guiñé un ojo.

-¿¿Qué pasa, que te molesto??

-No... es que apenas tengo espacio, cabemos los dos perfectamente...

-Ya te vale... ¡Me estás echando!

Ay. Que difícilito.

-No te estoy echando. ¿Por qué no nos comemos el pollo al curry pacíficamente, que se está enfriando?

-¡¡Pues no se para que tanto cocinar, tanto cocinar, SI AHORA VAS Y ME ECHAS!!

-Pero vamos a ver. Echar es una cosa, apartar un poco es otra. Dime la definición exacta de "echar", y luego me dices si te he echado. Sí o no, verdadero o falso.

-¡¡Tú, y tu puta manía de verlo todo blanco o negro!!! ¡¡No entiendes nada!!! ¡¡TAMBIEN HAY GRISES!!!

La cosa se complicaba.

-Cariño. También hay grises y lo sé perfectamente. Pero yo decido qué veo blanco, qué veo

gris y qué veo negro, y en este caso...

-¡Ese es tu problema! ¡Siempre ves las cosas como a ti te da la gana! ¡No sabes ponerte en el papel de los demás! ¡Egoísta!

Notaba como alguna cosa templada se estaba generando en mi estómago y subía hacia mi garganta.

-Mira, guapa, si no me hubiese puesto hoy en tu lugar, se iba a haber pasado dos horas cocinando el pollito RITA LA CANTAORA, ¿ME ENTIENDES? ¡¡Joder!!, que vale que estés con la regla, pero ¿no puedes entender que yo me estoy esforzando todo lo que puedo, y que te has levantado cabreada sin ser culpa mía? ¿¿Tienes que proyectármelo a mí todo??

-¡¡¡A mí no me analices que yo no soy uno de tus programas!!!

-Bueno, mis programas funcionan...

Gran cagada, hermanos. Se me escapó. Quería decir que son predecibles, que sabe uno a que atenerse, que... en fin, ya era demasiado tarde.

-Ah, o sea, ¿¿que yo no funciono?? Que estoy loca, ¿¿no?? Pues sabes lo que te digo, ¡¡que te vas a librar de la loca!!. ¡¡ME LARGO!!

No, si sabía yo que nuestra relación corría peligro. No era la primera vez.

-Amor, llevamos once meses juntos y ya me has dejado once veces. ¿Eso no te dice nada?

-Sí, ¡¡que no sé como te soporto!!

Ya me cansé de hacer el gilipollas. Todos tenemos un límite.

-Pues mira, esto no se trata de soportarse, se trata de quererse. Ya sabes dónde está la puerta. Yo no te he echado del sillón. Tu haz lo que dé la gana.

-¡¡Pues me voy!! ¡¡Se acabó para siempre!! ¡¡Ya no vas a tener que ECHARME más!!

-Cariño, que yo no...

No la había echado. Otra vez esa horrible sensación. Una verdad clara y simple desapareciendo bajo toneladas de estiércol. No entendía la manía de la gente de enterrar la verdad bajo mantos de basura. El mundo al desnudo era extraordinariamente bello, ¿por qué cubrirlo de mierda? O quizás no era tan bello para todos y con la mierda tapaban vete a saber qué... lo malo es que esa mierda también caía sobre mi mundo. Y yo no la quería ahí,apestándolo todo. Me había costado media vida limpiar mi propia basura y ahora todo el mundo se empeñaba en echarme la suya encima.

Parecía que iba en serio, se había levantado y se había puesto los vaqueros. Intentaba ponerse el jersey. Aún estaba descalza. Me encantaba verla descalza, tenía algo muy hermoso. Era como si al estar cubierta de ropa, toda su belleza no cupiese ahí dentro y tuviese que escapar por algún lado, y se le saliera por los pies.

No soportaba verla irse de mi lado, pero yo ya había tenido suficiente. Tampoco era plan de estar todo el santo día sometiéndose a los demás. No me iba ahora a arrastrar por el barro suplicando, sería aceptar que la culpa era mía, que yo la había echado, que lo blanco era negro.

-¡¡¡No me vas a volver a ver en la vida, NIÑATO!!! -cuando se ponía en bersek mode ya no había nada que hacer.

-Sabes que me toca bastante las narices que juegues con nuestra relación. Para mí es sagrada. Te juro que si cruzas esa puerta va a ser la última vez que me veas -le dije, desafiante.

Me fulminó con la mirada, cogió su bolso y desapareció por el pasillo. Esta vez era la definitiva. Oía sus pasos. Rápidos, iracundos. Bueno, tampoco era para tanto. Sobreviviría. Me había pasado casi un año soportando este tipo de historias. Ella tenía un carácter irascible, mucho odio acumulado, muchas inseguridades que siempre me proyectaba a mí. Se fue dando un portazo. A la mierda, no me importaba lo más mínimo.

Cuando se apagó el eco del portazo mi apartamento quedó en silencio y de pronto me acordé de lo miserable que era el mundo sin ella. Así, de golpe. Como si un enorme monstruo peludo se abalanzase sobre mí y me reventase las pelotas.

Sonó el portero electrónico rompiendo el silencio. Vaya, parece que ha reflexionado a tiempo. Corrí a contestar.

-¿¿¿Sí???

-¡¡NO QUIERO VOLVER A VERTE JAMAS!!

Colgué. El monstruo seguía dándole a mis pelotas. Necesitaba relajarme, hacer algo constructivo, edificante. Volví al salón, quité el puto CD de chill out y enchufé el *Ace of Spades* de Motörhead. Toqué un poco la guitarra de aire, luego me puse a cantar, y cuando empezó el solo cogí la bandeja de pollo al curry, la elevé sobre mi cabeza y la reventé contra el suelo con todas mis fuerzas.

III.

Pues nada. Vuelvo a ser soltero, por no querer admitir algo que no era cierto. El lunes voy y le digo al gordo que es un inútil y que el workflow por el que la empresa le ha pagado tres salarios cuya suma daría de comer a una familia numerosa durante varios años es una birriosa caja de huevos, y a la puta calle. Si sigo fiel al dos y dos son cuatro, en breve viviré yo solito bajo un puente y subsistiré comiéndome mi propia mierda. Aunque igual es lo que ya estoy haciendo.

Esto es la maldición del sentido común. Uno ve un cuadrado y dice "mira, un cuadrado". Y resulta que las normas sociales, lo políticamente correcto, los sistemas educativos, las carreras profesionales, en definitiva la humanidad entera parece estar edificada sobre el pilar de que aquello es un círculo y te lo tienes que llevar rodando, calladito y sin rechistar, con iniciativa y motivación propia. Y como se te ocurra ni siquiera mencionar que aquello parece cuadrado, miles de años de moral se te echan encima con la fuerza del big bang. Eres un radical egoísta soberbio anarquista conflictivo que cree ver un cuadrado por motivos de inmadurez, cobardía, odio a la humanidad, envidia, resentimiento.

Realmente es difícil. Uno solo pretende seguir su camino, pero parece que siempre obstaculiza el camino de alguien. ¿Por qué? Tal vez muchos de los caminos de los demás estén previamente contruidos sobre la libertad de uno. Nota: tengo que ver a un psiquiatra. Estoy empezando a pensar en grandes conspiraciones.

Y es que la lógica me había ocasionado siempre graves problemas. Me sobraba tiempo para un *flash back* así que me quede mirando a la pared con expresión nostálgico-confusa, hasta que todo empezó a volverse blanco y acuoso.

De pronto tenía ocho años. Estaba en el colegio, una tarde, dando clase de ciencias. Monotonía de lluvia tras los cristales. Sacaba las mejores notas, mi conducta era ejemplar. La profesora nos estaba hablando sobre los minerales. Yo la admiraba, tan alta, tan lista, ella siempre tenía respuestas para todo. Y yo siempre tenía muchísimas preguntas.

Algún niño preguntó:

-Profesora, ¿de dónde sale la lluvia?

Yo lo sabía, lo había visto en la tele. Levanté la mano, pero ella dijo:

-La lluvia la hace dios.

Yo no lo entendía. Los profesores no podían equivocarse. Dije:

-Pues yo he visto en la tele que el agua del mar se evapora y se hace nubes, y luego se las lleva el viento, y se enfrían y se hacen otra vez agua que es la lluvia.

Fue con la mejor de mis intenciones. Yo sólo quería resolver aquel misterio, aquella ilógica contradicción. El concepto de dios siempre se me había escapado.

-¿Eso es verdad, profesora? -preguntó otro niño.

Ella sonrió de una extraña manera que yo no comprendí.

-Sí y no -dijo.

Toda mi forma de pensar se basaba en el precepto de que el sí y el no eran incompatibles. Cuando terminó la clase, me entregó una carta para mis padres. Algo se avecinaba y yo no sabía por qué.

Mis padres leyeron aquello. La profesora quería hablar con ellos acerca de mi conducta. *Su hijo interrumpe mis clases y no muestra respeto*. Mi padre me preguntó qué había pasado, y yo se lo expliqué. Él agarró un cabreo de cojones. Con la profesora, no conmigo.

Al día siguiente se presentaron en el colegio después de las clases. Fueron al despacho de la profesora y exigieron que yo estuviese presente. Intercambiaron formalidades durante un rato y luego entraron en materia.

-Señora, haga usted el favor de explicarle a mi hijo de dónde sale la lluvia -dijo mi padre.

-Él ya lo sabe perfectamente -la misma extraña sonrisa que parecía culparme de algo.

-Pues si tiene razón, ya me dirá usted cuál es su queja respecto a él.

-Es que *yo* soy la profesora y *yo* imparto las clases...

El primero de mis innumerables conflictos con la autoridad.

-Mire, este es un estado laico. Usted es muy libre de creer lo que le dé la gana el domingo en misa. Pero como de lunes a viernes *usted* es la profesora, a mi hijo le imparte usted clases de ciencia, que es su trabajo.

-Es que *las continuas interrupciones de su hijo* entorpecen mi trabajo.

Aquello era muy injusto. Yo no había hecho nada. Y de pronto comprendí la sonrisa: ella sabía que no tenía razón, y trataba de ocultarlo. Era una sonrisa de auto disculpa. Allí, a tan tierna edad, me prometí a mi mismo desconfiar de cualquiera que expusiese sus verdades con una sonrisa de imbecilidad autocomplaciente.

Lo cierto es que desconfío de casi todo el mundo.

IV.

En fin, tendría que adaptarme a mi nueva vida de soltero. Para empezar, mi vida sexual iba a volver a ser en dos dimensiones, y mi vida sentimental se iba a reducir a sacar a mear a mi

perro.

El vibrador del teléfono móvil ventoseó dos veces. Tenía un SMS. Era de ella. *HASTA NUNCA, NIÑATO*. No se exactamente por qué, pero aquello me conmovió. En realidad, eso simplemente quería decir "estoy aquí". Ella se había largado, pero yo me sentía como si la hubiese abandonado a su suerte, tan rubia y tan indefensa.

Mire al móvil y luego al pollo al curry esparcido por el suelo, y luego de nuevo al móvil. Seguí así un buen rato, mientras me decía a mí mismo: *píldora roja, píldora azul, píldora roja, píldora azul...*

La llamé. Si miles de yanquis se habían arrastrado por el barro en Vietnam por una causa estúpida, yo podía arrastrarme un poco por ella. Cogió mi llamada:

-Qué... -estaba llorando.

-Cariño, *siento haberte echado del sillón*. ¿Podrás perdonarme? -toneladas de barro. Iba a tener que ducharme de nuevo.

-Ohhh... ¡no se! -se reía alegre y lloraba a la vez.

No tengo ni idea de cómo lo hacía. Sólo se lo había visto hacer a ella. Llorar y reír a la vez de esa manera. Era como un sí y un no juntos. Absurdo, imposible. Pero bonito.

Parece que ese iba a ser el trato. Yo me quedaba con el "dos y dos son cuatro por cojones" y ella con su mundo de color en que las mesas baratas de contrachapado eran monumentos al amor entre los pueblos. Para mí era una gilipollez, pero de su mundo ella sacaba un algo que compartía conmigo y que me hacía la vida más agradable. Yo utilizaría mi sentido común y mi mala leche para que nadie le jodiese a ella la inocencia. Esa inocencia que yo había perdido hacía mucho, cuando me llevé mi primera ración de hostias.

No sabía como iba a resultar a largo plazo, pero en principio no parecía mal trato. De vez en cuando tendría que reventar alguna bandejilla que otra, menos mal que los Motörhead habían sacado bastantes discos.

-Anda, perdóname, guapa. Vente a mi casa.

-¡Bueno...! *Si te portas bien...*

Esa sí que la entendía. Significaba rascarse la cartera.

Total que reserva una mesa para dos en un restaurante caro y romántico. Charlamos y nos miramos y reímos a la luz de las velas, y la vida vuelve a ser maravillosa. Hasta la próxima vez que "toca pollo".

El blues del minuto

Hola amigos. Hoy analizaremos otro método recurrente de escaqueo y ocultación de incompetencia utilizado por ese personal altamente cualificado con amplia experiencia en [pon aquí lo que quieras] y que al final resulta no saber hacer la O con un canuto, pero que se las apaña para sobrevivir con una técnica parecida al ataque del salchichón, pero a la inversa: la técnica del *¿Tienes un minuto?* Minuto en el que siempre preguntan exactamente aquello que les pagan por saber.

Veamos una historia basada en hechos reales:

Anuncio en el periódico: "Director de orquesta líder en el sector precisa de cuatro instrumentistas senior (bajo, guitarra, percusión, armónica) y un técnico de soporte, para proyecto de blues. Contrato hasta fin de obra. Salario acorde con la experiencia aportada".

El día de las entrevistas somos cinco seleccionados en la sala de espera: un individuo calvorota con un piercing en una ceja y una camiseta de Andy Warhol, una chavala con mirada de lechuza que no para de chasquear los dedos solfeando un tres por cuatro, un menda con cresta de pollo que sostiene en sus manos un libro titulado "*un acercamiento progresivo a la teoría de escalas filostras desde la perspectiva clásica*", y otro colega pelirrojo con una sudadera de "*Johnny K. Rebusqued*" con la portada de su LP "*Petulantie Forlayos*", conocido mundialmente en su casa a la hora de comer. Y ahí estoy yo con mi guitarra semi-acústica semi-cascada pensando: "*vaya, doce años tocando en grupos y ni se quién es el Rebusqued, ni entiendo de escalas filostras, ni sabía que hubiese blues a 3/4. Estos tíos deben de ser el no va más*" ...

Después de un buen rato aparece el director de orquesta, con su pajarita, su resplandeciente batuta y su sonrisa de bienvenida. Da unos golpecitos de batuta en la mesa y nos habla:

-Buenos días y, ante todo, gracias por su asistencia. Somos una orquesta líder en el sector y necesitamos jóvenes talentos para desarrollar este proyecto...

Total que nos suelta todo el rollo. Hay que grabar un blues que se va a presentar a un concurso. Lo ha compuesto gratuitamente un estudiante de música, como proyecto de fin de carrera. A cada uno le dan su partitura y se graba en un día, se cobra por horas y hasta luego Lucas. Todo lo que se grabe es propiedad de la orquesta, nosotros cedemos cualquier derecho. Si la pieza gana algún premio o genera cualquier tipo de beneficio, no nos llevamos nada. Lo de siempre.

Nos entrega la partitura completa para que nos familiaricemos con el proyecto. Las hojas van pasando de mano en mano. Todos sonrían, asienten maravillados, comentan cosas. Yo me quedo ahí preguntándome que quién coño es "la orquesta", porque si la orquesta es la que se lleva los beneficios y nosotros que somos los músicos no nos llevamos nada, sólo me queda el espabilado de la batuta.

Le echo un ojo a la partitura. Un blues en Do mayor de un minuto de duración, bastante resultón, por supuesto a 4/4 y de doce compases. El chaval del PFC ha hecho un buen trabajo, lástima que no le vayan a pagar nada.

Al rato el batuta nos dice que le hablemos un poco de nuestra carrera profesional y nuestra impresión acerca del proyecto. Primero le toca al calvorota Warhol:

-Llevo ya seis años como guitarrista profesional, toco con una Ortopedic Copón X25 de traste dorado y amplificador Klander Marsh de respuesta plana, utilizo metodologías hindúes de calentamiento metacarpiano y creo que mi experiencia puede aportar gran valor al proyecto, que me parece de gran calidad -comenta el tío. La hostia.

La siguiente es la lechuza del 3/4:

-Yo estoy terminando un master en percusión por la prestigiosa escuela *Endiñaqui Billetonis for Star-Wannabes*, y estoy realizando una investigación sobre los vales de Strauss. Estoy segura de que mis influencias clásicas pueden aportar gran valor a este proyecto.

Vaya, estudiar en profundidad a Strauss debe ser apasionante, quien tuviera un kilito suelto y un año libre para matricularse en la escuela esa... lo que todavía no me explico es cómo se fusiona un vals, que va a 3/4 que yo sepa, con un blues a 4/4. Ya veo que me falta mucho por aprender.

Turno del cresta de pollo:

-Mi experiencia asciende a cuatro años como bajista profesional. Me interesan y practico todo tipo de estilos. En la actualidad estoy trabajando en las novedosas escalas filostras, y creo que mi trabajo puede aportar una nota de frescura y modernidad al proyecto, ya de por sí bastante interesante.

Le toca al de la sudadera del tal *Rebusqued*:

-Yo hace cinco años descubrí a Johnny K. Rebusqued y desde entonces no he dejado de tocar la armónica. Mi estilo actual está muy influenciado por esa obra maestra que es Petulantíc Forlayos, y creo que puedo dar un toque Rebusqued al proyecto que aportará gran valor.

Nota mental: tengo que comprarme ese LP. Finalmente me toca a mí:

-Yo llevo doce años tocando en grupos, al principio empecé con la batería pero más tarde me decidí por la guitarra. Ahora toco en un grupo de blues con unos amigos, a veces hago de bajista y a ratos toco la armónica. El tema a grabar me parece bastante bueno, creo que con unos cuantos arreglos y un buen solo puede quedar muy bien. No tengo experiencia profesional pero espero que este proyecto me permita introducirme en el mundo de la música, así que aceptaría cualquiera de los roles que ofrecen pues me considero capacitado. He traído mi guitarra y mi armónica para hacer una pequeña demo si no le importa...

-Adelante, por favor -me dice el batuta.

Me siento bastante cohibido ante semejantes profesionales, pero me armo de valor y me coloco la sujeción de la armónica, afinó un poco mejor la semi-acústica, me pongo el tubo de metal en el meñique y me lanzo a por una versión rápida del "You shook me". Me sale bastante bien la cosa, el ritmo bien marcado entre guitarra y armónica, intercalando frases agudas muy inspiradas y me improviso un solo más que decente. Acabo con una pentatónica rápida a la vez con la armónica y la guitarra que no creo que pueda volver a repetir.

El batuta me mira y cuando está a punto de decir algo habla el calvo:

-*No está mal*, aunque un poco de calentamiento hindú te hubiera ayudado, y además el sonido no tiene comparación con el de una Ortopedic Copón...

-Sí, y un *aroma de vals* le habría dado un toque clásico inigualable -añade lechuza.

-Ese solo bastante *apañado*, pero usando una escala cromática filostrada habrías conseguido mucho mas feeling -dice pollo.

-Me ha recordado al "Oportunistic blues for a commercial movie", segundo corte de la cara B de esa obra maestra, "Petulant Forlows", en ese tema sí que hay buenos solos de armónica -termina el Rebusqued.

Vaya hombre. Y yo que pensaba que me había lucido. Esto de la música no va a ser lo mío, visto lo visto. El batuta nos agradece la asistencia y nos dice que la orquesta se pondrá en contacto con nosotros.

A la semana siguiente recibo una carta de la dichosa orquesta: *Estimado Sr. Fuckowski, nos es grato comunicarle que ha sido seleccionado para el puesto "técnico de soporte" en el proyecto "blues", cuya grabación se llevará a cabo el día 22 del presente mes...* En fin, me pagarán bastante menos que a los músicos pero tendré la oportunidad de aprender mucho.

El día 22 llego media hora tarde al estudio de grabación porque la bici no me arrancaba. Batuta, Lechuza, Calvo, Pollo y Petulant están allí. Me pongo a conectar cables y enchufar amplificadores como un loco, mientras el calvo está sentado en la postura del loto golpeándose rítmicamente la palma de una mano con los dedos de la otra, dando de vez en cuando una palmada sobre su cabeza para después cambiar de mano y vuelta a empezar. El calentamiento hindú es de un rollito un poco gay, pero debe ser la repera por la cara que pone el tío. Lechuza está solfeando un 3/4 con la mano izquierda mientras en la derecha sostiene una partitura de Strauss. Pollo está inmerso en su acercamiento progresivo a las escalas filostradas y Petulant lleva la misma sudadera y escucha algo en su iPod. ¿A que adivino lo que es?

Me pego tres horas de curro mientras los demás siguen a su rollo. Cableado listo, sonido probado, todos en sus puestos y las partituras repartidas. Cada uno con su instrumento afinado y con sus auriculares colocados. Batuta se va al piso de arriba, se mete en la sala de mezclas y nos habla por el micro:

-Muy bien señores, grabaremos por separado. Comenzaremos por la percusión.

¡GRABANDO!

Suena la claqueta que da el *un, dos, tres, y...* Lechuza se pone nerviosa y arranca con algo que bien podría ser el Danubio Azul. Se para y golpea fuerte la caja como cabreada.

-No se preocupe, usted siga que luego cortaremos lo que no valga -dice batuta por el micro.

La chiquilla mueve las baquetas nerviosa, sin golpear la batería. Me mira y me dice:

-Soporte, ¿Tienes un minuto? Siéntate a la batería y dame un 4/4 para *coger el ritmo*, ¿te importa?

-¿Ehh? no, vale

Me siento, miro a la partitura y empiezo a interpretar el blues. Me gusta como va sonando y la toco entera.

-ESTA HA VALIDO, VAMOS A POR EL BAJO -dice batuta por el micro.

La lechuza sonrío y se da el piro. Aquí ha habido un lamentable error. Suena la claqueta seguida de la batería que yo he grabado. El bajista ya está tocando un nosequécosa que no pega ni con cola, pero con los ojos cerrados y una cara de concentración y placer tal que si interpretara perfectamente a Paganini. De pronto se para.

-Wow, esto va a ser la hostia, a ver si lo encajo. ¡Para y dame otra vez la entrada en diez segundos! Soporte, ¿tienes un minuto? Coge el bajo y márcate una base de blues *normalita* y yo decido que escala filostrá se adapta mejor.

-¿Eh? Bueno, vale.

Dan la claqueta y me marco la base de blues mientras el pollo hace extraños dibujos en el aire con su dedo índice.

-¡VALE EL BAJO, VAMOS A LA GUITARRA! -se oye. El pollo saca un Malboro y se larga.

No, no, no. Espera. ¿Esto que coño es? ¿Pues no que estoy haciendo yo todo el curro? Voy directo a la escalera pero se oye la claqueta, empieza a sonar lo grabado y resulta que el de la Ortopedic Copón pone el acorde de Do, y la puñetera guitarrita suena de puta madre. Algo es

algo. A la de cuatro compases, cuando el calvo tiene que cambiar a Fa sétima, pone los dedos en una posición rara y no suena nada. La hostia, ¡¡este tío no sabe poner un Fa!!

-Corta corta. Esto no va -dice el calvo-. Soporte, ¿Tienes un minuto? Este Fa no me convence, no va aquí ni con cola, ¿tú que dices?

-¿QUEEEEEEE? ¿Cómo que no va ni con cola? A ver, si es un blues en Do, ¡¡tendrás que cambiar a Fa!! -le suelto, irritado.

-No necesariamente. Yo siempre he estado en contra de los acordes en Fa. De hecho creo que están sobrevalorados. El Fa ya ha tenido sus veinte minutos de fama y debe desaparecer.

-¿Pero tú alucinas? ¿¿Quieres quitarle una nota a la escala?? ¡¡DADME LA PUTA ENTRADA!!

Le arranco la Copón Bendito de las manos, suena la claqueta y toco el blues. Ya se lo que va a pasar, pero necesito demostrarme a mi mismo que el calvo Warhol está delirando o algo.

-¡¡VALE GUITARRA!! ARMONICA Y YA HEMOS TERMINADO...

Ya puestos, ¿por qué no? Ahora cuando salga el batuta me va a oír. Se va a enterar de lo que está pasando aquí. Estos parias van a ir a la puta calle y me van a pagar a mí todos los cheques. Vamos hombre. Me voy directo al Petulantic y le suelto:

-Mira compadre, antes de que me digas lo del minuto, ¿tu sabes tocar la puta armónica?

Me mira con la cara de terror de un mal viaje de tripi:

-Pueeeees, ¿¿¡¡no mucho!?!??

-¡¡PUES ANDANDO A FUMARTE UN FORLAYO Y ME DAS LA ARMONIQUITA!!

Ipso facto. Dan la entrada. Arresoplo la armónica y me improviso el *blues del pito del sereno*.

-VALE ARMÓNICA. ¡BRAVO, BRAVÍSIMO!. ESTO SE TERMINÓ, MUCHAS GRACIAS. ENSEGUIDA ESTOY AHÍ -se oye cerrar el micro.

Cuando batuta baja la escalera a mí ya me sale humo de los cuernos.

-¡¡Esto es una mierda intolerable!! ¡¡Me he cargado yo TODO EL CURRO!! ¡¡QUIERO HASTA EL ULTIMO CÉNTIMO Y A ESTOS TIOS NI AGUA!!

-¿¿Cómo?? ¿¿Esta usted cuestionando a mis músicos?? -me pregunta batuta con cara de espanto. Claro, si se demuestra que se le han colado cuatro pardillos, queda como un gilipollas. Además el tío ya tiene su grabación y lo demás le da igual.

-¡Eso, eso! -dice Petulantic- ¡Que te crees tu que te vas a quedar con mi dinero!

-Pero coño, ¡¡Si lo he hecho yo todo!!

-Hala chaval, relájate que te crees muy listo -interviene pollo-, que tú lo único que has hecho aquí es *dar soporte*.

-¿Pero que soporte ni que hostias? -miro al calvo- A ver, ¿no me has pedido que toque yo tu instrumento?

-Bueno sí chaval, pero *sólo ha sido un minuto...*

-¡¡Joder pues claro que ha sido un minuto!! ¡¡Como que no hacía falta más que eso para hacer tu trabajo, y te has pegado ahí tres horas mareando la perdiz con la mierda esa hindú!! ¡¡Y NO SABES PONER UN PUTO ACORDE "FA"!!

-Ya, pero eso es porque yo no quiero. Son acordes muy lentos.

-¿EHHH? Serán lentos hasta que aprendas a hacerlos bien, ¿no?

-Mira chaval, yo no pienso aprender esos acordes porque no me da la gana, ¿entiendes? Además sin saber poner Fa yo consigo muchos mas empleos que tú...

-Joder, ¡porque siempre tendrás a algún pringado como yo que te haga el trabajo!

Lechuza se une a la fiesta:

-A mi lo que me parece es que tú de compañerismo y trabajo en equipo andas muy mal.

-¡Anda la hostia! ¿El trabajo en equipo es hacer el trabajo *de todo el equipo*?

La termina de rematar el batuta:

-Parece usted un niño llorando porque no le dan de mamar.

Los demás se envalentonaron y ya me dieron la del pulpo:

-Es que éstos técnicos de soporte son todos *artistas frustrados*.

-Sí, que lo ha hecho todo él, dice.. ¡se creerá Mike Oldfield!

-Claro, no tienen estudios superiores, y pasa lo que pasa, que van por ahí creyendo que lo saben todo...

Su puta madre. Me siento impotente, como si me hundiese en un mar de mierda. Como no me espabile me la cuelan por la escuadra.

-A ver, solo pido una cosa. Dale a la batuta y a la de tres, que interpreten de nuevo la pieza. Todos a la vez. Si suena igual, cada uno se lleva su cheque y santas pascuas.

-Bien, démosle el caprichito al niño antes de que le de la pataleta.

El batuta levanta la ídem. Y una, y dos, y tres...

Aquello sonó mas o menos como si a un cerdo le estuvieran quemando los cojones con un soplete. Durante un interminable minuto todo fue agonía y lamento y depresión y suicidio y gritos del cerdo castrado a fuego. Luego se hizo el silencio.

Batuta me miró y me espetó:

-Pues no, no ha sonado igual, ¡ha sonado mil veces mejor! ¡Una lástima que no estuviésemos grabando! Tendremos que conformarnos con la grabación anterior...

Pues nada, que me fui de allí con mi cheque de cien euros. Ahora llevo una mancha en mi expediente, pero al menos me quedé a gusto.

Titulares del día siguiente:

PRESTIGIOSO DIRECTOR DE ORQUESTA ACUDE A URGENCIAS CON UNA BATUTA INCRUSTADA EN EL RECTO.

*Se necesita intervención quirúrgica y sesenta puntos de sutura para retirarla.
"Ha sido un técnico de soporte" -repetía-, "todo sucedió en apenas un minuto".*

La crisis de los huevos

I.

Sucedió un lunes. Estaba hecho polvo. El fin de semana había sido corto: el sábado había tenido que ocuparme de unas "pequeñas incidencias" en el proyecto Porsche. Refactorizaciones, capas de pintura y apretones de tuercas hasta las tres de la mañana. Ahora ya era el proyecto PARCHE.

Era tarde. Como quería irme a dormir, las incidencias más surrealistas las resumí en un documento llamado "Posibles mejoras para la siguiente versión", que posteriormente fue renombrado por mi manager a "Proyecto Porsche v2.1.0, análisis funcional y técnico" y subcontratado a un equipo de desarrollo en la India por mil euros. Realmente nunca íbamos a salir de la mierda.

Me fui a casa tan preocupado por descansar que no pegué un puto ojo. Me molestaban las luces de los enchufes y tuve que taparlas todas. Luego era el tic-tac del reloj de la cocina. Le quité las pilas y cogí una cerveza de la nevera. Volví a mi cama, encendí el televisor y Chuck Norris intentó venderme un "*abdominaizer*". El tío había llegado lejos por los cojones.

Me dormí cuatro cervezas después y no soñé con nada. Desperté el domingo a las ocho de la tarde y no es que me encontrase mucho más descansado, así que me quedé tumbado viendo películas. Me puse "1984", "Abre los ojos", y para terminar "2001: Una odisea espacial". Luego me quedé mirando al techo, y cuando ya empezaba a conciliar el sueño, sonó el despertador. Era lunes.

Llegué al trabajo y revisé el correo. La empresa me daba las gracias por el esfuerzo suplementario en el proyecto Parche y me informaba de que la siguiente versión iba a ser subcontratada. Me asignaban como desarrollador jefe del proyecto WorkMatrix, una herramienta interna diseñada para agilizar el trabajo en la compañía. Vamos, otro workflow. A las doce se presentaba el prototipo. Mi manager había estado "trabajando" en ello los

últimos dos meses. Me iba a cagar.

No había nada más difuso, inútil, borroso y sangrante que un proyecto interno. Era una especie de orgía en la que participaba toda la empresa y a mí siempre me daban por el culo. Pasaba como en el chiste: faltaba organización.

Para matar el tiempo y no desmayarme me tomé tres cafés. Por fin dieron las doce y me fui a la presentación. Estaban todos sentados alrededor de la mesa de juntas, en el centro había una caja negra con letras doradas: WorkMatrix. La gran pantalla de plasma en la pared presentaba una diapositiva con el logo de la compañía sobre fondo azul, y una foto con gente sonriente. Nos condicionaban desde el principio.

Mi manager estaba allí de pie con su corbata torcida, su sonrisa, y su escoba bien ajustada. Mostraba amplias manchas de sudor en los sobacos y la enorme barriga le deformaba la camisa, que se abría y dejaba ver un ombligo peludo. El tío de verdad que era un poema.

-¿Falta mucho para que empiece la orgía... la presentación? -le pregunté.

-Estamos esperando a Ivon.

Ah, Ivon, Ivon. Jefa del departamento de consultoría. Supercorporativa que te cagas, o sea. Trajes de pantalón negro, tacones, siempre con sus prisas y su aire de importancia, como si todo el orden mundial dependiese de ella. Siempre parecía andar muy tensionada. Yo creo que follaba poco.

Ivon tenía algo que la situaba muy por encima del resto de los mortales: había hecho un master en EEUU. Siempre hablaba de su master en EEUU. Por lo visto hasta entonces había sido como los demás: instituto, universidad, libros, fotocopias, tiza. Incluso había echado algún que otro polvo. Pero luego se había ido a América seis meses y allí le habían revelado oscuros secretos celosamente custodiados por los caballeros de la orden del temple, que con el tiempo se habían hecho auditores. Y por lo que se ve, también la habían intervenido quirúrgicamente y le habían cambiado el chocho por uno nuevo, que era de oro.

Ella me odiaba. A mí me importaba una mierda.

Total que apareció Ivon con sus prisas y su chocho de oro y su PDA con mil funciones que

nunca utilizaría. Tomó asiento, miró a mi manager y asintió solemne, como dándole permiso para comenzar. Él pulsó un botón en el mando a distancia y las luces bajaron de intensidad. Se hizo el silencio.

-Buenos días y bienvenidos a la presentación del prototipo WorkMatrix, una herramienta que agilizará nuestro trabajo, nos ahorrará costes y añadirá valor a nuestros proyectos mediante la automatización de...

De pronto me recordó a Chuck Norris. Siguió allí masturbándose largo rato y al final dijo:

-Y sin más dilación, permítanme presentarles la herramienta.

Marcó la combinación de la caja negra y retiró el cierre, que centelleó bajo los focos. Hizo una pausa y finalmente abrió la caja.

II.

Allí dentro había un cartón de huevos. De cuatro por cuatro. En total dieciséis huevos. Yo me sentía confuso y el primer huevo de cada fila estaba pintado en azul. Ivon tomaba notas en su PDA. Los demás sonreían y asentían, complacidos. Yo no lo entendía.

Si alguien vio allí un simple cartón de huevos probablemente pensó que era culpa suya por no haber cursado estudios de postgrado y se tragó la mierda. Yo ni siquiera había entregado el PFC pero no me iban a dar huevo por liebre. El sentido común no te lo implantan en EEUU.

El gordo empezó a explicar las maravillas del cartón de huevos.

-Nuestros proyectos se componen de cuatro fases bien diferenciadas: análisis de requerimientos, diseño, implementación y pruebas. Hasta ahora no hemos tenido un *soporte persistente* para estos estados. WorkMatrix es la solución. ¿Ven este *componente azul*? Es un *indicador o puntero*.

El gordo o era un cínico o le faltaba un tornillo. Pintaba un huevo de azul, le llamaba puntero y se quedaba tan ancho. Siguió hablando:

-Cada vez que comencemos un proyecto, el *puntero* será situado en la primera columna de la *matriz de trabajo*.

Tócate los cojones, Manolo.

-Cada vez que finaliza una fase, si el puntero está situado en la columna X, el jefe de proyecto intercambiará el puntero por el componente de la columna X+1.

Ivon, que había hecho un master en EEUU, preguntó:

-¿Recibiremos notificaciones de los cambios de estado?

-El prototipo aún no contempla la opción, aunque está diseñado para soportarla. En la primera *release* incorporará un *agente de polling* que comprobará periódicamente el status de la matriz y se encargará de notificar a los suscriptores.

Yo ya me veía yendo cada hora al CPD a ver como estaban los huevos y luego oficina por oficina: *Buenos días, soy su agente de polling y vengo a notificarle que se le ha movido un huevo*. Mi madre podía estar orgullosa.

Un jefe de proyecto preguntó:

-¿Es el sistema tolerante a fallos? ¿Realiza copias de seguridad?

-En la siguiente release el sistema creará *snapshots* periódicas del status en soporte digital y podrá hacer un *rollback* en caso de fallo.

Cada vez estaba más alucinado. ¿A que compraban una cámara digital? Además de polling tendría que hacer fotos.

-Si no me equivoco WorkMatrix puede manejar hasta cuatro proyectos en paralelo. ¿Cierto? - dijo Ivon.

Ivon sabía contar huevos. Lo había aprendido en un master en EEUU.

-Efectivamente Ivon, buena observación -dijo el gordo sudoroso-, cuatro ha sido la cota superior resultado del análisis de concurrencia.

Yo creo que se lo pasaban bien.

-Pero, si no me equivoco, el sistema reducirá costes y dejará recursos libres, así que probablemente podamos mejorar esa cota.

-Sin lugar a dudas, Ivon. En la siguiente release el sistema se escalará según necesidades de explotación.

Qué cachondeo. Yo quería participar, así que pregunté:

-¿Y no podíais haber dejado sólo el puntero en cada fila, y simplemente haberlo cambiado de casilla? Nos habríamos ahorrado doce componentes por cada matriz de trabajo.

-Por supuesto que se contempló la opción, pero hemos optado por este modelo por motivos de *robustez y coherencia*.

Ciertas chorradas simplemente no se podían rebatir. Eso no me gustaba. Empezaba a sentirme mareado. Tenía ojeras.

Un lerdo-programador preguntó:

-¿Qué pasa con la fase de revisión?

Al tío le preocupaba porque ahí era donde se salvaba su culo.

-Lo cierto es que en el *feedback* inicial no se habló de fase de revisión.

Normal. Porque a mí no me preguntaron. Estaba ocupado revisando.

-Pero el sistema es *customizable* -siguió el manager-, así que podemos añadir la fase a la matriz. De hecho se me ocurre que...

Sacó del bolsillo una pluma y le pintó una X al huevo puntero. Luego se dirigió a la audiencia.

-El *flag* indicador de revisión se hallará inicialmente *deshabilitado* y quedará en la *parte privada* del componente -le dio la vuelta al huevo azul dejando la X oculta-. Cuando el puntero salte a la casilla X=4, nuestro jefe de proyecto *habilitará el flag de revisión*.

Volvió a darle la vuelta al huevo puntero dejando al descubierto la X. Se oyeron "ohhs" y "ahhhs". Ivon sonrió y siguió tomando notas en la PDA. El gordo dijo:

-*Trucos rápidos* -se golpeó dos veces la sien con el índice-, ésta es la clave del mercado del software.

Vamos, un genio que era el tío. Aquello era muy frustrante. Uno se devanaba los sesos con metacompiladores y luego un gordo sudoroso le ponía una X a un huevo y se llevaba toda la gloria. Por joderle un poco le dije:

-¿Por qué no pintas indicadores en los cuatro componentes? Así podremos codificar el status en binario según la posición de cada indicador, resultando dos elevado a cuatro combinaciones, o sea dieciséis estados posibles...

-No, *añadiría demasiada complejidad al sistema* -dijo el gordo-, la simplicidad es nuestra piedra angular. Además aquí no se trata de *reinventar la rueda*.

Matar. Quería matar a ese hijoputa. A sangre fría, con mis propias manos, lentamente. Verle sufrir. Llorar. Implorar.

-Sí -dijo Ivon-, no todos tenemos por qué saber binario. Si algo aprendí en EEUU es a tener en cuenta la *perspectiva del usuario*. La clave del éxito está en la *usabilidad*.

Algo se estaba derrumbando en mi interior.

-Es que estos informáticos lo ven todo desde el punto de vista de los informáticos. Es su problema: son *demasiado estrechos de miras* -concluyó el gordo.

Evidentemente algo se había podrido en el sector informático. Veinte capullos con PDA´s se podían reunir alrededor de una caja de huevos y hacerte sentir como un gilipollas.

El sudoroso pulsó otro botón del mando y la gran pantalla mostró la siguiente diapositiva:

Prototipo WorkMatrix. Retos futuros.

Cuidado. Ahora venía la apoteosis de la orgía. Ya todos se habían manoseado y rechupeteado convenientemente. Estaban cachondos. Iban a por mi esfínter.

Escalabilidad.

Transaccionalidad.

Sistema de polling.

Tolerancia a fallos.

Copias de seguridad.

Mensajería instantánea.

La diapositiva fue comentada por el gordo:

-WorkMatrix será *completamente funcional* en la próxima release, a tiempo para comenzar el nuevo año fiscal en un entorno centralizado y automatizado. La siguiente fase dará comienzo con carácter inmediato, y contará con el señor Fuckowski como desarrollador...

Todos al suelo. Avalancha de mierda.

III.

El caso es que a mí el circo me parecía muy bien, eso de reunirse todos con sus flamantes sonrisas y sus escobas y sus PDA´s, y chuparse y manosearse, y jugar al despiste, a la demagogia, a los líderes del sector, a los triunfadores emprendedores de actitud positiva... Espléndido, de verdad que sí. A poner la mano a fin de mes y a vivir la vida. Ole sus huevos, y sus masters y sus dotes de mando y sus loquefueran, yo sólo era un desarrollador indocumentado cuyo absurdo objetivo en la vida era llegar al punto de alienación cero. Ellos eran todo un modelo de negocio y yo un simple recurso humano.

Pero la gran ecuación de su modelo de negocio tenía un "pequeño" inconveniente: generaba un resto de mierda. Mierda en grandes cantidades. Y toda la jerarquía, las estructuras internas, los contratos y los canales de comunicación formaban una gran red de alcantarillas

que inexorablemente canalizaba hasta la última gota de mierda a mi mesa. Además la red tenía una doble función: también canalizaba hasta el último euro de beneficios a sus salarios. Sublime. Sabían construir semejante monstruo y luego no tenían cojones de hacer un miserable workflow. Debía ser una especie de sabiduría hereditaria, instintiva, como la de las termitas o las ratas.

¿Qué había hecho yo? ¿Era mi karma? En tal caso yo en otra vida había el mismísimo Keops y ahora estaba pagando por los cien mil esclavos. Aquello no podía seguir así, tenía que hacer algo. Pensé en irme a vivir a la India y pasarme el día meditando. Pero no, al final tendría que buscar trabajo y seguro que me acababa comiendo el Porsche v2.1.0.

-¿Alguna cuestión, señor Fuckowski? -el gordo me sacó de mis elucubraciones.

-Pues si. Faltan sólo cuatro semanas para el nuevo año fiscal. Cuatro semanas son a todas luces insuficientes, teniendo en cuenta que hay que empezar de cero. Me gustaría...

Todos me miraron sorprendidos. Yo, por alguna razón, me quedé en blanco.

-¿Empezar de cero? Usted es un experto en programación orientada a objetos, señor Fuckowski, ¿nos está diciendo que no va a ser capaz de *reutilizar estos componentes*?

No tenía fuerzas. No había dormido y había abusado del café. Era demasiada presión. Sólo pude decir:

-¿Componentes? Pero... ¿¿Vosotros que veis aquí??

Me miraban de forma extraña. Me pitaban los oídos. El tiempo parecía haberse parado. Todo era amenazante. Me vino a la cabeza un pasaje de 1984: *¿Cuántos dedos ves aquí, Winston? ¿Cuatro? ¿Y si el partido dice que son cinco...?*

Ellos dijeron:

-WorkMatrix.

Y, finalmente, noté como algo en mi interior se rompía. Probablemente fuera el esfínter.

-Tengo que salir un momento. Disculpen. -dije.

Me levanté y anduve hasta la puerta, en la que estrellé mi nariz. Luego la abrí y salí al pasillo. Me apoyé en el depósito de agua. Estaba hiperventilando. Sudaba. Sentía pánico. Corrí al cuarto de baño, abrí el grifo del lavabo y metí la cabeza debajo. Cuando la levanté, vi mi imagen reflejada en el espejo. Me había convertido en un monstruo deforme. Me acordé de Abre los ojos y grité: *!!!QUE ALGUIEN ME DIGA LA VERDAD, JODER!!!*

Caí hacia atrás y me golpeé la cabeza. Entonces comprendí la verdad. Yo era un monstruo. Un monstruo defectuoso, envidioso y resentido. Quería ver huevos donde había un WorkMatrix, porque quería sentir desprecio por ellos. Yo estaba enamorado de Ivon y por eso prefería pensar que follaba poco. Por celos. Yo quería haber estado a su altura, quería haber ido a EEUU a que me pusieran una polla de oro.

IV.

Decidí salir a tomar el aire y digerir mi nueva realidad. Ahora todo iba a ser más fácil. Me situé frente a la puerta del ascensor. Podía ver mi imagen borrosa reflejada en ella. Corbata, camisa blanca, tarjeta de identificación. Si no fuese por la abundante sangre en mi camisa parecería un feliz Minglanillas.

El ascensor se abrió ante mí. Dentro iban un electricista y una limpiadora. Me miraron con los ojos como platos. Ella tenía una escoba en la mano, no metida por el culo. Así era mejor. El electricista se dirigió a mí.

-Vaya, ¿Cuál es tu problema?

-Me sobran huevos.

Se rieron. La limpiadora le dijo al electricista:

-A que no sabes lo que he visto hace cinco minutos. Un montón de capullos aplaudiendo alrededor de un cartón de huevos.

-¡Irían a hacer una tortilla! -dijo él, y se rieron a carcajadas.

Tuve un orgasmo espiritual. Qué simple. Qué fácil. Los huevos son huevos. Dios, qué personas tan bellas. Esas risas sonaban a risas de verdad. Ellos eran de verdad. Comían, se reían, cagaban. Estoy seguro de que Ivon no cagaba nunca.

En mi cabeza sonó la banda sonora de 2001, *Así habló Zaratustra*. Sonaban trompetas. Por detrás del horizonte asomaba lentamente un huevo. Brillaba como el sol. Yo estaba dentro, renaciendo.

El ascensor llegó a la primera planta y se abrieron las puertas. Quería abrazar a esas personas, besarlas, fundirme con ellas. El electricista tenía barba y me daba grima, así que me arrodillé, cogí la mano de la limpiadora, la besé, extendí mi mano libre hacia la puerta y dije:

-Después de usted, milady.

Se rió y salio. El electricista me miro raro. Dije:

-Milord...

Salió también. Las puertas se cerraron. El eco de sus risas aún resonaba en mis oídos. Esa era la diferencia. Ellos se reían. Yo ya sabía lo que hacer. Subí a la segunda planta. Iba a volver a mi pesadilla, pero renacido.

Crucé el pasillo pero no entré a la reunión. Fui directo a mi mesa, abrí Word, y escribí:

Fuckowski. Memorias de un ingeniero.

Workflow de una tormenta de mierda

"Plantad la semilla de la avaricia en la infértil tierra de la estupidez y obtendréis la bella flor de la mierda"

Todo comienza con el delirio de grandeza de algún enano mental que siempre envidió todo aquello que no se merecía. Tal vez un complejo de inferioridad crónico, tal vez haber vivido a la sombra de un hermano mayor al que todo le fue bien, o quizás demasiada televisión. El caso es que llega un fatídico día en que nuestro enano mental, con mucho esfuerzo, obtiene una licenciatura. Ese atardecer se sube a una loma, diploma en mano, el rojo crepúsculo a sus espaldas, levanta la vista y clama al cielo:

"¡¡A dios pongo por testigo de que algún día seré *alguien*!!... ¡¡A dios pongo por testigo de que algún día daré conferencias!!... ¡¡A dios pongo por testigo de que algún día tendré un armario lleno de trajes de Armani!!... ¡¡A dios pongo por testigo de que algún día, tomaré café con un presidente!! Entonces se produce el milagro de la metamorfosis, pero al revés. En este caso muere una frágil mariposa y nace un capullo.

Demos la bienvenida a Señor Don Capullo, visionario, emprendedor, director. Una corbata, un poco de fijador, un maletín negro con cierre dorado, una escoba por el culo. Se acaba de crear un desequilibrio en el sistema: el alter ego Don Capullo comprará cosas que enano mental no podrá pagar. Y hasta que alguien se de cuenta, se crearán deudas. Deudas que *los de siempre* tendremos que saldar.

Don Capullo es un tipo muy culto. Ha leído esa gran obra maestra de la literatura universal, "¿Quién se ha llevado mi queso?". Le costó algún tiempo, pero entendió el mensaje: *maricón el último y el que venga detrás, que arríe*. Don Capullo desea el queso. ¿Dónde está ahora el queso? En internet. La semilla en forma de modelo de negocio ha sido plantada dentro del maletín negro; la flor de la mierda no se hará esperar. Ha nacido Smoke Solutions, ¡que empiece la función!

Lo siguiente es montar el escenario. Se alquila alguna jaula barata en cualquier zoológico tecnológico y se registra un dominio con gancho, algo que sugiera crecimiento, valor, futuro, en definitiva "ahora somos pequeños pero en breve duplicaremos su inversión". Se recomienda darle un toque imperial (Roma, quizá Egipto) que sugiera grandeza cultural y una pincelada anglosajona que sugiera nueva tecnología. *Entelequisys, Intelectis, Sinergius, Keopsolutions, Evolucius, Netsupreme...* las combinaciones son infinitas.

Ahora se necesitan los actores. El actor ideal es aquel que realmente se cree su papel. Los pollitos recién salidos del cascarón y los cuervos viejos y enfermos son los perfiles ideales. Don Capullo se rodeará de adeptos y les contará su verdad: *"Yo soy el hijo del futuro, yo he visto la luz del mañana. Aquel que crea en mí hallará la vida eterna. Pero habréis de tener fe y nunca sucumbir a la tentación"*. O sea, que mientras nos creamos el cuento tendremos un empleo para toda la vida (ja, ja) y si alguien alguna vez afirma *"este tío no es mas que un enano mental y un farsante"* le quemaremos en la hoguera. Es el demonio que se nos aparece en forma de programador listillo. Es el ángel caído, que quería llegar más alto que dios.

La historia nos muestra lo efectivo de estas estructuras basadas en el "se cambia pan y consuelo por fe ciega". Alguna va durando ya sus dos mil años.

Llega el día del gran estreno. Ya todos se saben sus papeles, que se repartieron en forma de Power Point, y les encantan. Aquel que compró el switch es el *experto en redes inteligentes*, el que arrancó el servidor el *experto en despliegado de proyectos distribuidos*, el que puso la "s" detrás del "http" nuestro *experto en seguridad de la información*, el que incluyó "encoding=UTF-8" en el XML nuestro *experto en internacionalización*, y el que escribió el JSP de mil líneas sin un solo include o usebean, nuestro *Java Gurú*. Nervios. Se levanta en telón. El público, los posibles inversores, abarrota la sala. Se apagan las luces, se enciende el proyector. *F5, ver presentación.*

Durante dos horas damos *un paseo por el mañana*. Automatización, inteligencia artificial, naves espaciales. Teléfonos móviles con videoconferencia holográfica en 3D. Teletransportadores dimensionales.

Le posicionaremos en el futuro. Le acercaremos a sus clientes. Le alejaremos de sus competidores. Mas aún, ¡desintegraremos a sus competidores! ¡Le meteremos en la cama

*de sus clientes! ¡¡¡Duplicaremos, triplicaremos, MILLONIFICAREMOS SU INVERSION!!!
¿HASTA DONDE QUIERE LLEGAR?*

Fin de la función. Aplausos, lágrimas de emoción. Algunos inversores ya se frotan las manos. Se rumorea que viene de incógnito el asesor financiero de un presidente que quiere invertir parte de los fondos públicos en mejorar la calidad vida de su país, tan sólo a cambio de un paquete de acciones a nombre de su cuñado que desviará el cinco por ciento de la inversión a manos amigas en el mismo instante de la salida a bolsa (a nadie le amarga una isla en el caribe; son las pequeñas ventajillas de sacrificar altruistamente la vida de uno en pos del bienestar del pueblo).

Rueda de preguntas. ¿De que color serán las naves espaciales? Platino con vetas doradas. ¿Que alcance tendrán los teletransportadores? De una punta a la otra del planeta en un nanosegundo combinando supercuerdas y agujeros de gusano. ¿Que autonomía tendrán los móviles holográficos? Ilimitada gracias a la fusión fría. ¿Y cómo van ustedes a hacer todo esto? pregunta alguien. Incómodo silencio. Los pollitos y los cuervos miran a Don Capullo, que se pone en pie con su mejor sonrisa de autocomplacencia y les habla de las sinergias, las convergencias, David y Goliath, las pirámides, Apple y el garaje de Steve Jobs, Yahoo y la furgoneta de Jerry Yang y David Filo.

-La semilla está ahí -señala a su maletín negro-, sólo necesita ser regada.

Pues nada, como el que no quiere la cosa ya tenemos cincuenta milloncitos de euros en una cuenta en las islas Caimán. Ahora hay que agudizar el ingenio y empezar a trincar. Cada pellizco al saco hay que justificarlo, así que echémosle imaginación. El primer canal de desviación de fondos es el salario (ya me dirán ustedes si 8000 euros netos al mes no es un salario excesivo para una simple escoba engominada) . Pero al salario se acostumbra uno pronto, que el mantenimiento del mercedes es costoso y los chalets en la sierra no los regalan. Hay que trincar más y mejor.

Aquí se usa el sencillo método del "donete egipcio". Saca uno los donetes (esos cincuenta milloncitos de euros en las Caiman) y le salen amigos por todas partes. Un amigo que nos hace un software, otro que nos vende unos equipos, otro que nos decora las oficinas. Luego se pone uno en postura egipcia y con la mano de arriba le acaricia el lomo al nuevo amigo mientras que con la de abajo trinca uno la comisión en negro. Si las comisiones se quedan cortas también puede uno comprarse directamente a sí mismo mediante empresas fantasma a nombre del primo Eustaquio. Ejemplos prácticos: proyecto de decoración de

oficina (un cuadro y dos macetas), doce mil euros. Sistema de CRM (una base de datos en access hecha en una hora) cien mil euros. Suma y sigue.

Durante un tiempo la vida es maravillosa. Se dan conferencias, se lucen trajes de Armani, se toma uno algún café con el presidente. Escapadas a la sierra, al caribe, paseos en descapotable. *Ahí va un triunfador*. Pero los donetes no se multiplican. Un día, a alguien le pica el bolsillo y pregunta: "*¿Dónde están mis minolles?*". Se empieza a tirar del hilo y se llega al ovillo: el maletín. *Enseñe usted sus cartas, Señor Don Capullo. Abra el maletín*.

Don Capullo convoca una macro reunión. Empleados, asesores, directivos, inversores. No falta ni el primo Eustaquio. Se va a destapar la caja de Pandora. Don Capullo sube al estrado, coloca el maletín frente a un ventilador bien grande, marca la combinación, y abre.

Todos de mierda hasta las cejas. Ruedan cabezas, llueven sanciones, denuncias. Los peor parados son los pollitos, pues se les acaba el sueño del *experto-en-derivación-de-forlayos*. En la próxima empresa habrá que bajarse del burro, aprender a picar y sudar tinta. Algunos nunca lo superan.

Una vez desmontado el chiringuito y pasada la tormenta, hay que recuperar la pasta. Don Capullo se aferra al "*Santa Rita Rita, toda inversión es un riesgo*", y se lanza de nuevo a la búsqueda del queso, quizá en la patente de genes. Así que lo de siempre. Se informa a la prensa del clásico "HAY CRISIS EN EL SECTOR", "LA ECONOMIA ENTRA EN CICLO RECESIVO", "ETAPA DE DESCONFIANZA", etc. Que el inversor era un banco: se baja los salarios y se sube los intereses. Que era una telefónica: baja los salarios y se sube los precios de la llamada. Nos jodemos los de siempre con el chantaje de siempre: o nos apretamos el cinturón o se cierra la empresa.

Hay un caso extremo: cuando se trata de los fondos públicos de un país y el trinque ha sido a gran escala, la flor de la mierda es regada en abundancia y finalmente da sus frutos: las cacerolas.

Bailando con ratas

I.

Mi cuerpo y mi mente estaban encerrados en mi cubículo documentando una arquitectura Java que había creado, en ratos perdidos entre parche y parche, para intentar no perder más ratos parcheando. Mi espíritu lloraba por salir de allí, e ir hacia el este a contemplar los anillos de humo entre los árboles.

And it makes me wonder...

Pero siempre que me ponía *Stairway to heaven* en el mp3 había algún indeseable deseando joderme la parte del solo. Esta vez fue Roberto, la rata. Me golpeó en el hombro, me giré, y me encontré con su plástica sonrisa autosuficiente. Me quité los auriculares.

-¡Fuckowski! ¡Que te está sonando el teléfono!

-Eh... gracias.

Cogí la llamada. Era la secretaria, para informarme de que mi mentor (ese individuo cuyo trabajo consistía en pintar la mierda de rosa) quería hablar conmigo.

-Vale, subo en cinco minutos.

Colgué. La rata me habló:

-¿Vas a *erre hache*? -le gustaba hablar con siglas. Así si alguien le preguntaba qué era *erre hache*, podía darse el gusto de gritarle ¡Pues Recursos Humanos, hombre! y reír a carcajadas y alimentar un poco sus delirios de superioridad intelectual. En realidad el concepto no importaba, sólo saberse las siglas. Él pensaba que inteligencia y memoria eran lo mismo.

Como todos los tontos.

Si tenías que hacer un juicio rápido sobre alguien con quien ibas a tener que trabajar, podías aplicar una sencilla regla: a más siglas, más incompetente.

-Sí, en cuanto suba esto al servidor -le dije.

-Vale, voy contigo.

Yo le llamaba la rata por dos razones. Una, por su nariz respingona y esos dos dientes de roedor sobresaliendo de su insufrible sonrisa. La otra, por su actitud. Era de esos que, en el retorcido laberinto de la sociedad de consumo, vivían tan a gusto en algún agujero infecto que decoraban con pedacitos de sus propios excrementos, y cada día a la misma hora salían a buscar desperdicios, los clasificaban y ordenaban meticulosamente, y los atesoraban en sus oscuras madrigueras.

Había muchas personas rata. A la mínima oportunidad aprovechaban para contarte con todo detalle cómo ellos siempre eran los primeros en encontrar desperdicios, cómo se quedaban con los mejores pedazos, cómo se sabían cada atajo y cada resquicio del sistema. También acostumbraban a hablar largo y tendido sobre su museo de excrementos. Parecían felices.

Las ratas subsistían bien en el laberinto, estaba hecho a su medida. El problema era que no podían elevar su cabeza sobre él, sólo podían verlo desde dentro. Era su mundo. Yo no tenía alma de rata, tenía alma de pájaro. De pájaro triste de alas desperdiciadas. El sistema siempre me había producido claustrofobia; iba a echar a volar a la primera oportunidad que tuviese. Lejos, bien lejos. Ya había dado algún que otro vuelo y había podido contemplar el laberinto desde arriba. No era más que una caja negra poblada por una colonia de ratas, que consumía recursos y acumulaba mierda. Una caja negra destructiva y contaminante, que hacía rico a algún hijo de puta que vivía lejos de ella. Y encima, por si las ratas se le cabreaban, les había escrito un libro explicándoles que protestar es de idiotas infelices, que lo inteligente es callarse y seguir buscando desperdicios. La biblia de la rata feliz.

¿Quién se ha llevado mi queso? Fácil. Un hijoputa retorcido. Pero de esto no se podía hablar con las ratas. La luz les hacía daño.

Subimos a recursos humanos. Dos pisos le bastaron a Roberto para contarme su plan con

pelos y señales. Iba a solicitar que le redistribuyesen la nómina, quitando aquí y poniendo allí, aumentando las dietas de locomoción, para pagar un 2% menos de impuestos y blablabla...

Era bueno manejando desperdicios.

-¿Qué te parece, Fuckowski?

-No sé, yo soy un águila imperial.

-¿Y en qué estás ahora, *águila*? -él pensaba que yo estaba pirado. Igual tenía razón.

-Un portal inmobiliario. J2EE.

-Ya veo, ¿has usado GLAS?

-Pueees, no.

Acrónimos, más acrónimos. Ni puta idea de lo que era GLAS, pero no le iba a dar el gusto de preguntárselo. Cualquier día iba a mandar a Roberto a tomar por C.

-Deberías considerarlo, la curva de aprendizaje es mínima y reduce tiempos.

Él se sentía superior a mí. Yo me sentía de una naturaleza distinta a la suya. No había conflicto posible.

II.

Entré al despacho del mentor, esa habitación a la que llegabas contando que te estaban dando por el culo y salías convencido de que la empresa estaba combatiendo tus hemorroides. Estaba preparado para mi ración de pintura rosa.

-Buenas tardes, Sr. Fuckowski, siéntese por favor. ¿Va todo bien?

Pues parece ser que no, a juzgar por esa sonrisa de judas.

-Hola, sí, sin novedad.

-Bien, bien. ¿No va a ir el sábado a la cena de la comunidad?

Ah, copón, que era eso.

-No...

-¿Por algún motivo en concreto?

¿Qué tal "ya tengo una vida en otra parte"?

-Pues no, nada en especial, tengo otros planes. Es que es en sábado.

Demasiada tortura era estar encerrado en la caja negra de lunes a viernes.

-Nos lo vamos a pasar muy bien...

Sí, sí. Comeremos, beberemos, reiremos... desfilaremos y cantaremos canciones corporativas. Luego repartirán puros y billetes de 500 para todos.

-Ya, no digo que no, pero es que no me van mucho estas cosas.

-Fuckowski, el no tomar parte en actividades de grupo perjudica su imagen...

-Ah. ¿Y que tal la jornada de veintidós horas seguidas del viernes pasado? ¿No compensa eso un poco?

-La empresa no tiene la más mínima duda acerca de la calidad de su trabajo, señor Fuckowski. Es una simple cuestión de actitud. Tiene usted un brillante futuro en ésta compañía.

Sí, y un presente más negro que los cojones de un grillo.

-Bueno, de eso no estoy tan seguro. Entré en condiciones infrahumanas con la promesa de una "carrera profesional". Pero mis responsabilidades crecen a pasos agigantados, y mi salario tan sólo un poco más rápido que el IPC. O sea, que entré muy mal y cada vez estoy peor.

-Debería usted darle una oportunidad a la gente.

Eso es salirse por la "tan-gente" y lo demás son gaitas. No podía explicarle a él que yo no la tenía tomada con toda la gente, si no con la que todavía quedaba allí. La empresa llevaba funcionando 5 años. Todos los buenos ya se habían largado. Yo llevaba allí trece meses y a veces pensaba en el suicidio. Los que quedaban, parecían felices. Estaban completamente locos.

-No es la gente. A mí me gusta vivir a mi manera.

-Tendría que considerar adaptarse un poco a su entorno, le reportaría más de una satisfacción.

Por supuesto. La satisfacción del conformismo. La aceptación del rebaño. El NO de la razón consolado por el SI de los tontos. Ni pensarlo.

-¿Puedo seguir diciendo que no?

-Ah, tiene usted un perfil difícil...

Ya estamos con la historia de los perfiles. Nos contaban una mentira, y nos clasificaban según la posición que adoptábamos dentro de ella. El emprendedor, el conciliador, el motivado, el comepollas.

Yo no tenía perfil. Yo afirmaba que todo era mentira y me sorprendía que los demás se lo creyesen. Al tiempo todo reventaba, y las ratas en vez de aprender de sus errores simplemente se iban a buscar otra mentira metida en caja negra con desperdicios para todos, y vuelta a empezar. Aún tendríamos que ver varias guerras mundiales.

Quince minutos después ya empezaba a sentirme mareado. Parecía que los cursos de

mentoring estuviesen diseñados específicamente para darle la brasa a la gente como yo. Al final cedí por puro agotamiento.

-Bueno, me pasaré -dije.

Iría, me emborracharía a costa de la empresa y comprobaría una vez más por qué quería largarme de allí.

Salí de aquel despacho untado de pomada hemorroidal, bajé a la cantina y me serví un café. Era casi la hora de salida.

De camino a mi cubículo me crucé con Libertad. Su nombre era lo que yo buscaba en la vida. Ella bien podría ser lo que yo buscaba en una mujer, si es que lo sabía.

-¿Qué tal, Lib? ¿Vas a la cena del sábado?

-¡Hola! Sí, iré, no tengo planes.

-Vale, allí nos veremos. Me voy a recoger mis cosas...

Lib y yo habíamos salido varias veces. Era probable que cualquier día empezásemos una relación seria, pero por alguna razón nunca nos habíamos sentido obligados a ello, lo que hacía único cada uno de nuestros encuentros.

Recogí mis cosas, y antes de apagar mi PC me metí en la Intranet y busqué "GLAS":

GLAS. Ground Level Architecture System

Framework J2EE de bajo nivel. Know how: Fuckowski.

Desarrollo interno. En fase de documentación. Funcionalidades: encapsulamiento de acceso a datos, integración con http, validación de formularios, parseo de XML.

Observaciones: Curva de aprendizaje mínima. Reducción de tiempos de desarrollo.

Mi arquitectura. La rata me había chuleado con mi propia arquitectura, porque yo no sabía como coño la habían bautizado. Tenía cojones la cosa.

Algunos brillaban con reflejos del talento ajeno. ¿Sería eso el "valor añadido"?

III.

La cena. Todavía no habían llegado los primeros platos, y Lib y yo ya estábamos medio borrachos. Ella era mejor con la gente que yo; al menos tenía paciencia para escuchar. Yo me limitaba a quedarme ahí, observando, preguntándome por qué yo no sentía el impulso irrefrenable de contarle a todo el mundo cuántos canales de TV tenía en casa, cuántos cajones tenía mi congelador, cuántas capas tenía el papel con el que me limpiaba el culo.

No tenía televisión por cable, mi congelador siempre había estado vacío, y normalmente me limpiaba el culo con los análisis funcionales de Monchito.

Para cuando acabó la cena llevaba unos tres litros de cerveza encima. Lib era atractiva, pero a esas alturas estaba del todo irresistible. El personal del hotel abrió el bar y nos indicó que teníamos barra libre.

Pasamos al bar, y yo me fui directo a por dos gin-tonics. Cuando volví, Lib charlaba con Roberto, o más bien ella prestaba atención al monólogo de él. La rata sostenía un papel con una mano, y con la otra le señalaba algo a Lib:

-Y aquí me voy a hacer un despacho, para cuando me lleve trabajo a casa...

Le di a Lib su cubata.

-Voy al servicio, ahora vuelvo -dije.

Exposiciones del museo de la mierda no, gracias. Fui al WC, me miré al espejo y me pregunté qué cojones estaba haciendo allí.

A la vuelta encendí un cigarro y me perdí entre la gente. Minglanillas y otros cuantos charlaban animadamente sobre algo. Me acerqué y pegué el oído:

-Yo le mataría sin dudarle un instante. Y luego dormiría tan tranquilo.

-Pues yo creo que no tendría valor para hacerlo, aunque se lo tendría merecido.

-Y tú, ¿qué harías, Fuckowski? -me preguntó Minglanillas.

-Lo siento, no se de que habláis -le dije.

-Si pudieras retroceder en el tiempo hasta el año que nació Hitler, sabiendo lo que sabes ahora, ¿te lo cargarías? ¿serías capaz?

La historia de siempre. Discutían sobre la posición de cada uno en un planteamiento erróneo.

-Es una pregunta con trampa -dije-, una vez formulada no hay respuesta correcta.

Me miraban sorprendidos. Proseguí:

-Discutiendo sobre esto, estamos aceptando que Hitler nació Hitler, que si volviese a nacer volvería a suceder lo mismo. Le echamos a él la culpa de todo. El tío era un hijoputa, cierto. Pero, ¿qué me decís de la sociedad en la que vivió, de la educación que recibió, de la coyuntura política? ¿Qué le hizo ser así? Por no hablar de los que le votaron, los que le siguieron, los que cumplieron sus órdenes, los que echaron la vista a un lado hasta que ya fue demasiado tarde. Lo que planteáis no es una pregunta, es una disculpa a la estupidez de la humanidad.

-Eres un aguafiestas, Fuckowski -dijo alguien, pero yo ya me estaba yendo.

Ese era mi perfil, el del aguafiestas. El aguafiestas de las fiestas de despropósitos.

Y por si no tenía suficientes despropósitos, el mentor se subió al estrado. Bajaron la música y le dieron volumen a su micro.

-Buenas noches. Ante todo, quiero daros las gracias por vuestra asistencia. Aprovechemos este momento para hacer un brindis por la comunidad A1...

En la empresa, los empleados estábamos divididos en secciones. En breve, cada individuo tendría su numero tatuado en la frente. A veces me arrepentía de haber leído 1984.

El mentor siguió con su discurso, que culminó en orgasmo:

-Y por último felicitaros por vuestra profesionalidad y esfuerzo. Al cierre del año fiscal, la comunidad A1 ha facturado ¡un 32% más que el año pasado!

Aplausos, risas, vítores, silbidos. Yo no lo entendía. Parecía que ese 32% nos lo fueran a dar en efectivo al día siguiente. Todos cobrábamos casi la misma mierda, pero algún superior soltaba una felicitación y un tanto por ciento, y todos segregaban endorfinas. A mí ese concepto de la felicidad no me entraba en la cabeza. La recompensa al esfuerzo era una palmadita en el hombro y una hipoteca con despacho para llevarse trabajo a casa. Oscuras madrigueras. No entendía como lo soportaban.

De pronto subió el volumen de la música y nos obsequió con la moraleja de todo aquello:

¡No pares, sigue, sigue, no pares sigue, sigue...!

La gente empezó a bailar aquí y allí. Algunos se colocaron formando un tren agarrándose por las cinturas. La rata iba el primero, para variar. El tren fue creciendo. Una chavala me cogió de la mano y me dijo:

-¡Agárrate!

-No gracias -solté la mano.

-Oh, eres un soso, Fuckowski...

Maldita sea. Yo había llorado escuchando a Mozart; su música me había partido el alma en dos y me había hecho llorar maldiciendo el hecho de tener que morir algún día. Y ahora, por no querer menear el culo al ritmo de un culo cantando, parecía que yo no sabía disfrutar la vida. Y te lo decía alguien que había oído *Tu frialdad* de Triana por primera vez en *Operación Triunfo*.

Finalmente el tren humano se convirtió en un gran círculo cerrado que giraba y giraba. El mentor estaba en el centro, bailando y sonriendo. Yo me había auto excluido.

Aquello representaba perfectamente la estructura de la sociedad: te pusieras donde te pusieras, siempre tendrías a alguien dándote por detrás. En el centro, algún cretino sonriente recitando su mantra de la felicidad: *Hemos facturado un 32% más, España va bien, Estados Unidos está devolviendo la paz al mundo.*

Y las ratas tan felices, mientras la gran caja negra agotaba recursos y amontonaba mierda. Yo no quería participar en el baile. Era un aguafiestas y un infeliz.

Libertad me cogió de la mano y me susurró al oído:

-Vámonos de aquí.

Me besó. Vámonos de aquí. Probablemente lo más romántico que me habían dicho nunca.

IV

Era una bonita noche. Paseamos despacio en dirección a mi casa sin perturbar el silencio.

En el ascensor nos besamos delicadamente. Cuando se abrieron las puertas, saqué las llaves de mi bolsillo. Mi perro, Satán, reconoció el tintineo y empezó a ladrar. Al abrir la puerta de mi apartamento, cuarenta kilos de negra lealtad con forma de pastor belga se me echaron encima. Le dejé lamerme la cara, y acto seguido saludó a Lib sin dejar de mover el rabo.

-Espérame en mi cuarto, si quieres -le dije a ella.

Fui a la cocina, le puse a Satán su comida y saqué dos cervezas de la nevera.

Entré a mi cuarto. Lib estaba tumbada en mi cama, fumando marihuana. Yo no podía abusar de la hierba. Me fumaba medio de esos y me pasaba tres días mezclando Java con C. Bueno, aún era sábado.

Me tumbé a su lado y me agarré a ella.

-¿Estás bien? -preguntó.

-Sí, ahora sí. Pero el trabajo, la gente... no se. Estoy harto de todo.

-¿Y qué quieres en realidad?

-No estoy seguro. Quiero volar por encima de todo esto.

-Volar. ¿Volar a dónde? ¿Qué quieres encontrar?

-Aún no lo se. Pero al menos quiero tener la oportunidad de salir a buscarlo. Me siento encerrado. Tengo la amarga sensación de estar desperdiciando mi tiempo.

-¿Y si no hay nada más?

-Si no hay nada más, volveré. Pero tengo que comprobarlo.

-¿Tienes algún plan?

-Más o menos. He ahorrado algún dinero. Lo justo para coger un avión y empezar de nuevo en alguna parte. Quiero viajar, trabajar aquí y allí, ver el mundo...

-Me recuerdas al poema de Sábines. *Los amorosos siempre se están yendo, siempre, hacia alguna parte... Los amorosos son locos, sólo locos, sin dios y sin diablo... juegan a coger el agua, a tatuar el humo...*

Me encantaba aquel poema.

-Puede que yo sólo sea un romántico. Pero no entiendo otra forma de vida.

-Llévame contigo -me dijo.

Bebimos, charlamos, nos besamos, reímos describiendo sueños que quizás estuvieran al alcance de nuestra mano.

-Tenemos que ir a Florencia -dijo ella.

-Por supuesto. Desde allí le mandaré una postal al gordo que diga: *recuerdos a tu puta madre del David de Miguel Ángel.*

Yo también hacía mis pinitos con la poesía.

Trazamos nuestro itinerario. Florencia, Praga, Dublín, Helsinki, Tokio, Sydney... el mundo se nos quedaba pequeño.

Lib me pasó mi guitarra y dijo:

-Tócame algo.

Yo dejé la guitarra en el suelo, y me lo tomé al pie de la letra.

V.

Me despertó Satán, lamiéndome una mano. Era su hora de salir. Amanecía.

Lib dormía plácidamente. La dejé en la cama, me vestí, cogí el mp3 y las llaves y salí del apartamento. Satán me seguía moviendo el rabo.

La ciudad iba despertando. De camino a la playa paré en un bar, y pedí un café sólo en vaso de plástico. Llegamos a la playa y Satán corrió a la orilla. Yo me senté, me quité los zapatos y hundi los pies en la fría arena.

A lo lejos sonaron las campanas de la iglesia. Me puse los auriculares y pulsé play en el mp3. *Stairway to Heaven*. Miré a mi alrededor. La arena, el mar, el horizonte. No había indeseables a la vista. Estaban en la iglesia, perdiéndose todos los milagros.

Contemplaba el mundo. Veía evolución, energía, equilibrios de fuerzas, fractales. No encontré a dios por ningún lado. Dios era el gran acrónimo sin sentido, el camino más corto a ninguna parte.

Las ratas bailaban al son de alguna imbecilidad mientras todo lo que en el mundo tenía algún sentido se iba irremediabilmente a tomar por culo.

Bush había sido reelegido. Algún día, si el orden mundial se desmoronaba y se montaba una gorda, las ratas fantasearían con hipotéticos viajes en el tiempo.

Si pudieses volver al año en que nació Bush, sabiendo lo que iba a pasar...

Imbéciles. Bastaba con no haberle votado.

Satán jugaba con las olas, ajeno a la miseria del mundo. Una gaviota surcaba el cielo. Yo miraba al horizonte, preguntándome qué podía hacer yo.

El horizonte me respondió, alto y claro:

To be a rock, and not to roll...

Alas de barro

I.

Las seis de la mañana. Al hijoputa que inventó el despertador deberían torturarlo hasta morir. Al cabrón de su primo, el que inventó la resaca, también. Y al subnormal que se fue ayer a un bar irlandés y se calzó siete pintas teniendo hoy una presentación... a ése... bueno, a ése le iba a tener que perdonar.

Me dediqué a maldecir el mundo al pie de mi cama diez minutos más y luego me di una ducha, me vestí apresuradamente, y salí a la calle. No había tenido tiempo ni de mirar por la ventana. Llovía a mares. Pero no volví a por el paraguas. La lluvia me gustaba, me recordaba *algo*.

Creo que era el olor a tierra mojada. Era el olor de la esperanza. Me hacía sentir que el mundo alguna vez podría empezar de nuevo, y esta vez salir bien. Todavía había algo, algo latiendo, dormido, bajo el barro y el cemento.

Así que iba sin paraguas, mojándome la cabeza, respirando profundamente, intentando que ese algo me llegara dentro.

Mi tren estaba a punto de salir. Entré en el último segundo, y el olor de la esperanza fue sustituido por una mezcla de aromas: sobacos, papel mojado, y perfume barato de putón verbenero. El que más me jodía era el de papel mojado, por el doble sentido.

A ver si los chinos sacaban ya un reproductor de mp3 con olores. O mejor no. Que seguro que empezarían a circular correos electrónicos con olores adjuntos, titulados "*FW: rosas silvestres del Tibet*", y que después de diez segundos de embriagadoras fragancias y música chill te sorprenderían con un repentino pestazo a mierda de burro y al final una voz diría "*Jajaja, manda esto a seiscientas personas o tendrás una semana de mierda*".

El tren llegó a su destino. Ya no llovía.

La presentación era a las nueve. Aún tenía que retocar la demo y el power point, pero la resaca me estaba matando. Necesitaba echarme algo al estómago. Bajé a la cantina.

Allí estaba Lourdes, la recepcionista. Nos saludamos y puse a preparar un café. No estaba en condiciones de entablar conversación. Saqué de la máquina un sándwich de pollo, y entonces Lourdes rompió el hielo:

-Veo que sigues comiendo cadáveres para sobrevivir.

Se me había olvidado que ella era una de esas vegetarianas coñazo.

-Sí, ya ves.

-¿No te remuerde la conciencia?

-Pues... lo justo. Supongo que lo mismo que a una araña o un gato.

-Ay, yo no podría...

-Bueno. Cada uno es cada uno.

No quería empezar a hablar de carnívoros y herbívoros, fumadores y no fumadores, dios y el diablo. Me fui de allí con mi sándwich de cadáver y mi café. Decidí salir al parque a despejarme un poco.

Paseando por entré los árboles que circundaban el edificio me pregunté por qué carajo se empeñaban en rodear las cárceles de bonitos espacios. Era publicidad engañosa; te daban el espacio y te quitaban el tiempo. Ellos salían ganando.

Un leve movimiento al pie de un árbol me sacó de mis reflexiones.

Era un pájaro negro. Un pichón. Estaba muy quieto, me miraba con cautela. Yo también me paré, y me quedé mirándolo. Era bonito.

Empecé a aproximarme al él muy lentamente, haciendo el menor ruido posible. Quería comprobar cuánto me dejaría acercarme sin huir volando. Quizás se diese cuenta de que yo no pensaba hacerle daño. Quizás, si me dejaba rozarlo, significaría que conmigo había hecho una excepción, que a mí me había considerado distinto. Que parte de ese algo de la lluvia sí que se me había quedado dentro, haciéndome mejor.

Me acerque más y más. El pájaro no se movía. Al final lo tuve entre mis pies. Pero lo que vi me descorazonó. Aquel pájaro no podía volar; se había caído del nido. Tenía sangre en las alas. A todos los efectos, ya estaba muerto.

No sabía que hacer. Me sentía miserable. Para mí no podía haber peor visión que aquella. Tenía que hacer algo, no podía abandonarlo allí.

Intenté cogerlo, pero dio unos pasos y se volvió a parar. Me miró de nuevo, y esta vez me pareció que estaba asustado y a la vez necesitado. Pero ¿qué cojones podía hacer yo? Tenía delante el símbolo de mi propia tragedia y no se me ocurría ninguna solución. Realmente era horrible la sensación de impotencia. Ahora entendía que la gente llegase a suicidarse. Era como si la sangre se te convirtiese en veneno, sentías que todo era una mierda y que la culpa era tuya. Que en realidad todo estaba ya perdido. La única opción era abandonar. Nihilismo, suicidio, consultoría de forlayos.

Lo intenté de nuevo y el pichón volvió a huir. Rodeó el árbol y se ocultó de mi vista. Pensé que si lo cogía le haría más daño. Mi presentación iba a empezar en breve. Me bloqueé y empecé a sudar tinta.

Concluí que no podía hacer nada. Cosas así pasaban a cada minuto, era ley de vida. No era culpa mía. Además como llegase tarde a la presentación se iba a montar una buena.

Dejé atrás el parque y entré al edificio. Lourdes estaba en su mesa, mirando su pantalla, con esos auriculares con micrófono incorporado. Pura realidad virtual. En ese momento no me hubiese importado ponerme un casco de VR yo también. Enchufarme a alguna realidad alternativa que me hiciese olvidar lo asquerosamente rata que me sentía.

Entré al ascensor. De hecho, me parecía que había otra realidad de la que me estaba desenchufando para siempre. La del bosque y la lluvia. Aún me unía a ella una especie de débil cordón que las puertas del ascensor iban a cortar en dos segundos, dejándome solo en

la realidad del cemento y el cristal, donde ya nada olía a esperanza.

II.

Le podían dar por culo al cemento. Puse el pie entre las dos puertas y volvieron a abrirse. Dejé mi café y mi necro-sándwich en la mesa de Lourdes. Salí del edificio y volví al parque. El pichón aún estaba detrás del árbol, inmóvil. Yo seguía sin saber qué hacer, pero al menos *haría algo*, que era mejor que nada.

Me costó seis intentos y dos vueltas al árbol agarrar al pajarito. Me lo acerqué para verle las heridas y se me cagó en la corbata. Bien. Me dejaría la mierda ahí siempre. Hacía juego con mi empleo.

Sentía una extraña mezcla de miedo y valor. Aquello estaba bien. El pichón se quedó quieto entre mis manos. Las manchas en las alas bien podían no ser sangre. Tenía que intentar limpiarlo.

Con el reverso de la corbata froté aquello todo lo delicadamente que pude. El pájaro no se quejó; al parecer sólo era barro. Debía haberse manchado al caer.

Pero no volaba. Ni siquiera intentaba mover las alas. ¿Tendría algo roto? Si no me lo llevaba de ahí, estaba condenado. No tenía otra opción: el pichón se venía a mi casa. Después ya veríamos.

Necesitaba una caja. Lourdes me ayudaría. Entré a recepción, y la vegetariana coñazo se me quedó mirando con cara de espanto y me soltó:

-Ni se te ocurra acercarme ese bicho asqueroso, seguro que tiene mil enfermedades.

De puta madre. O sea, que no era una ecologista vegetariana. Era una gilipollas haciendo una dieta.

-Lourdes, voy a llevármelo a casa. ¿Puedes darme una caja grande?

A regañadientes sacó una caja vacía del armario de artículos de oficina y la puso en su mostrador. Cuando me acerqué con el pájaro, ella se apartó.

Metí ahí a la pobre criatura, y le hice unos agujeros con un bolígrafo a la tapa. Cerré la caja.

-Gracias. Por favor, llama a Paul y dile que no voy a poder estar en la presentación.

Ella me miró asombrada. Salí de allí. En el mundo del cristal y el cemento se quedó una gilipollas a dieta de ensalada limpia-conciencias mientras yo atravesaba el parque con la corbata llena de mierda.

Me puse la caja bajo el brazo izquierdo y con la otra mano saqué el móvil y llamé a mi amigo Rafa, que era de campo, a ver si tenía idea de lo que hacer.

Le expliqué la situación, le describí al pájaro con la mayor precisión que pude.

-Pues, por lo que dices, parece que simplemente es aún joven. Le calculo un mes, así que en dos o tres semanas, si no se muere de sed o de frío, podrá volar -dijo.

Me tranquilizó. Era cuestión de que el pichón aguantara. Si se me moría en casa iba a ser un drama, pero al menos podría decirme a mi mismo que había hecho lo posible.

Rafa había tenido docenas de pichones. Se morían con facilidad, me dijo. Me explicó cómo darle los cuidados básicos. Si Lourdes hubiera oído aquello, le hubiera dado un telele.

-Te agradezco los consejos. Me has quitado un peso de encima. Mañana me voy a ganar una buena bronca, ahora tendría que estar en una presentación... ya me puedo imaginar al Monchito recochineándose...

-Nada -respondió Rafa-, te llevas al pichón y que le saque los ojos al Monchito. Por cierto, que le podías llamar Rockefeller, no sé si me explico...

-Jajaja, sí, lo acabas de bautizar. Bueno, te dejo, que estoy llegando al tren. Gracias otra vez.

-De nada, hasta luego chaval.

Colgué, y me reí un buen rato. Me sentía bien, me sentía parte de algo grande. Debía ser la tierra mojada.

Una vez en casa me puse manos a la obra. Saqué a Rockefeller de la caja y lo dejé encima de mi mesa. Seguía inmóvil. Llené la caja con calcetines viejos, metí al pájaro de nuevo dentro, y éste se acomodó. Me miraba fijamente, pestañeaba con cara de interrogante.

Salí a la calle y compré trigo. A la vuelta, Rockefeller estaba durmiendo. En mi móvil había cuatro llamadas perdidas. Lo apagué, me tumbé en la cama, puse *Las cuatro estaciones* y me dejé llevar.

III.

Desperté a media tarde y ya no tenía resaca. Era de puta madre poder dormir lo suficiente.

El pájaro se había cagado repetidas veces en el improvisado nido. Ahí estaba, metido en su caja, asustado, hambriento, y lo único que tenía era su propia mierda. El perfecto desarrollador de software.

Rockefeller tenía que alimentarse. Puse trigo mezclado con pan y agua en una taza, y se lo acerqué. Ni puto caso. Luego le acerqué un vaso de agua, y tampoco. Pues sí que estamos bien. ¿Y ahora qué?

Recordaba como mi madre había sacado a Satán adelante. Lo habíamos encontrado en un desagüe, moribundo. Sus cinco hermanos de camada ya se habían ahogado. Aún tenía el cordón umbilical colgando. Mi madre siempre sabía lo que hacer, cómo y cuándo darle de comer; se lo pegaba al pecho para que se durmiese oyendo los latidos de su corazón...

Lo sacó de la muerte y ahora pesaba cuarenta kilos y era una de esas pocas cosas que de verdad daban sentido a mi vida. ¿Cómo hacían las mujeres esas cosas? ¿Tenían una especie de voz interior que les decía qué hacer, o qué? Ellas tenían conexión directa con algún plano que yo desconocía.

Rockefeller no tenía tecla de "HELP" por ninguna parte. Tampoco venía con un README ni con un HOWTO. Estábamos jodidos. El sudor frío me volvió a pegar la camisa al cuerpo.

Tenía que beber, y según Rafa, si no sabía beber solo tendría que hacerle el boca a boca. En fin, en peores plazas habíamos toreado. Vamos allá. Me llené la boca de agua, cogí al pichón con una mano, y con la otra le agarré la cabeza y le metí el pico entre mis labios. Suavemente le insuflé agua dentro. Noté una pequeña lengüecita succionando.

Repetí la operación tres veces más, luego escupí, me limpié la boca lo mejor que pude, y lo intenté con la comida. Cuidadosamente le agarraba la cabeza por detrás y con dos dedos le abría el pico. Con la otra mano le metía pedacitos de comida dentro. El pájaro se sacudía. A veces la comida se le salía y otras veces se la tragaba. Al principio temía romperle la cabeza, pero poco a poco perdí el miedo y me fue resultando más fácil.

Bebió y comió bastante. Pensé que acababa de hacer algo así como insuflar vida. Era una sensación milagrosa.

IV.

Al día siguiente, a las 8:05 Paul me llamó a su despacho. Me dolía haberle fallado. Era de los pocos jefes competentes de toda la empresa, si no el único. Sabía lo que hacía, sus estimaciones estaban basadas en su experiencia y no en una hoja de cálculo. De vez en cuando te encontrabas que había estado trasteando el código fuente y que había mejorado los objetos, llegaba el primero a la empresa y se iba el último, y cuando viajaba aprovechaba los vuelos para adelantar trabajo con el portátil. También sufría la conjura de los necios.

Entré allí con la cabeza gacha. Su cara era un poema. La mía, supongo que también.

-¿Qué te pasó ayer, Fuckowski?

-Una emergencia. Siento haberte dejado todo el trabajo. Pero tenía que hacerlo.

-¿Emergencia? No es eso lo que he oído.

Vaya, la que no comía carne sabía sacar hígados.

-Paul, asumo la responsabilidad. Si me vais a despedir o a expedientar, lo comprenderé.

-Nada de eso. Ya sabes que valoro tu trabajo, y que por desgracia no puedo tenerte en todos los proyectos conmigo, como me gustaría. Pero ayer me sentí decepcionado. Quiero entender como fuiste capaz de abandonar tus obligaciones por un simple pajarito.

-Precisamente, lo que hice ayer fue, creo, cumplir con mis obligaciones. Si no lo hubiese hecho, hoy me sentiría como el culo.

-Tus verdaderas obligaciones son esas que están descritas claramente en tu contrato.

-Paul, yo paso la mayor parte del tiempo aquí metido, y es fácil acostumbrarse a esa rutina. Pero a veces *siento cosas*...

-¿Cómo que "cosas"?

-Mira, en mis últimas vacaciones pasé dos semanas en Suiza y dejé a mi perro en casa de mis padres. Nunca había estado tanto tiempo sin verme, y a la vuelta, cuando fui a por él, yo me esperaba su típica fiesta de bienvenida. ¿Y sabes qué hizo?

-No...

-Nada. No hizo nada. Vino hacia mí lentamente, se sentó a mis pies, y se me quedó mirando fijamente con una expresión de asombro tal, que el cabrón me arrancó las lágrimas. Su mirada casi quería decir ¿pero de verdad eres tú? Luego ladró una vez, porque yo me había quedado paralizado, y cuando reaccioné y me agaché para acariciarle la cabeza, se pasó lamiéndome diez minutos. Me hizo sentir tan vivo, que pensé que la mayor parte del tiempo no soy más que un gilipollas congelado.

-Ah, ya veo. Mira, todas esas cosas están muy bien, pero no sé qué tienen que ver con tu falta de ayer.

-Tú bien sabes que no le tengo miedo al trabajo. Sudo mi miserable salario, curro entre cuarenta y sesenta horas, siempre ando metido en lo mío y apagándoles los fuegos a los

demás. Pero todo esto lo hago por poder llenarme la nevera y pagar el alquiler, y así seguir disfrutando de una vida a la que sólo esas cosas dan algún sentido. Ayer salvé una vida. Eso da sentido a la mía. Si no lo hubiera hecho, estar hoy aquí sería simple y llana esclavitud.

-Fuckowski, ¿no eres ya muy mayor para andarte preocupando por perritos, pajaritos, y todas esas mariconadas?

-Pues mira, si el precio a pagar por ahorrarme estas preocupaciones es que mi Satán pase a ser simplemente "un perrito", no me compensa.

-Joder. Eres un idealista. Muy bonito, pero eso no funciona en el mundo real.

Mierda. ¿Cuántas veces había oído ya eso? ¿En qué momento exacto de la historia el término idealista había pasado a considerarse despectivo?

-Bueno, aquella señora negra que un día decidió sentarse en el autobús en los asientos para blancos, no pensó que el mundo real fuese algo inmutable. Comenzó la liberación de toda su raza.

Aún quedaban muchos negros olvidados en alguna iglesia podrida del Harlem cantando desgarradas versiones Gospel del *I still haven't found what I'm looking for*. Pero habíamos mejorado bastante.

Paul me miraba como si yo hubiese perdido por completo la razón. Yo no lo entendía.

-Fuckowski, te has equivocado de planeta.

Por un instante pensé en bosques, en lluvia, en el mar rompiendo al pie de un acantilado, la fría arena de la playa en una noche de verano.

-No puedo imaginarme un planeta mejor. Es sólo que está siendo invadido.

-¿¡Invasión!?! -ahí era cuando Paul ya constataba del todo que yo era un paranoico-
¿¡Invasión por quién!?

-Por hombres pequeños y ciegos, con maletines y trajes, que siempre andan diciéndote cómo

funciona el mundo real. Los peores tienen bigote.

-Está bien, está bien. Creo que podemos dejarlo aquí. Por favor, que no se repita lo de ayer. Supongo que con el tiempo acabarás madurando.

-Gracias, Paul. Intentaré que no se repita.

Madurar. Frutas maduras. Frutas que se caen del árbol y se pudren en el suelo. Pocos días antes había ido a un concierto. *Whitesnake*, en una sala bastante pequeña. Tenía a David Coverdale a diez metros. Cincuenta y siete años tenía ya el hombre, y allí estaba plantado, con su inmensa sonrisa, cantándonos el *Here I go Again*, llenándonos de toda la energía que le sobraba. A su edad no parecía andarse pudriendo en el suelo. Yo de viejo quería estar así de joven.

Toda mi vida había sido igual. Me desgañitaba exponiendo mis argumentos, mis ideas, mis sentimientos, y siempre se los cepillaban con una sola palabra. Idealista, inmaduro, mariconadas, romántico, loco. Parecía fácil menospreciar lo que nunca se había sentido.

A veces hasta me hacían dudar. O yo de verdad estaba loco, o loco era simplemente el término a aplicar al que no vivía en una determinada realidad, definida por vete a saber quien. Los de los maletines.

En ambos casos me importaba tres cojones.

V.

Rockefeller se hacía mas fuerte cada día que pasaba. Y con él, mis convicciones. El día de la presentación había hecho lo correcto. Seguía teniendo que darle de comer directamente en el pico, pero ya me iba costando menos. Se esforzaba, algo en su interior iba despertando. Quería vivir.

Le tenía que limpiar la mierda del nido cada noche, para que no durmiera encima de ella. Hasta que un día, espontáneamente, aprendió a sacar el culo del nido y a echar su mierda fuera, en mi alfombra. Rockefeller ya era consultor.

Cada vez era más fácil. Cuando tenía hambre o sed, me piaba. Casi parecía que se enfadaba. Estaba claro que para todo bicho viviente la comunicación era una necesidad vital.

Una mañana, me despertó un batir de alas. El pájaro había volado hasta la otra punta de la mesa, se había posado en el filo de la taza del trigo, y estaba devorando los granos con avidez. Y al minuto, como el que no quiere la cosa, dio unos pasos hasta el vaso con agua, metió la cabeza dentro y empezó a beber.

Fue sublime comprobar que los que los seres vivos llevamos cosas aprendidas dentro, cosas que no hace falta que salgan por la tele, ni que nos las escriban en contratos. Sólo hay que esperar a que afloren, y luego aguantar el chaparrón del menosprecio social y tirar para adelante.

Y una tarde, al volver del trabajo, me encontré un extraño cuadro en mi habitación: Rockefeller se había cagado en el nido, en la taza y en el vaso, había volado hasta la ventana y estaba picoteando el cristal.

Me recordó a mí mismo. Estaba listo para largarse.

El sábado por la mañana, cerré la caja con Rockefeller dentro y me fui al parque central. Un silencio tan triste se apoderó de todo, que lo tuve que llenar con un LP de Vicente Amigo.

Camino del parque iba aterrorizado. ¿Sabría arreglárselas sólo? Parecía fuerte. ¿Y si se moría de frío? ¿Y si me lo quedaba en casa para siempre?

No. Aseguraría su supervivencia pero le robaría su verdadera vida. Un delito.

Estaba claro lo que tenía que hacer. Recorrí el parque buscando algún sitio apropiado, donde pudiese refugiarse del frío, y donde hubiese palomas cerca para que se uniese al grupo.

Encontré el lugar idóneo entre unos arbustos, frente a un banco. Saqué a Rockefeller de la caja y me lo puse en el hombro. Anduve hasta una papelería, y tiré la caja. Rockefeller me picó una oreja.

Paseé por allí largo rato. Finalmente, el pájaro saltó. Dio un vuelo corto y aterrizó entre los

arbustos. Me senté en el banco a esperar. Pero no se movía. No hacía nada. Tenía ante sí un mundo sin ventanas y no hacía nada.

Rockefeller parecía estar muy asustado. Llamé a Rafa de nuevo y le expliqué lo que pasaba. Su consejo fue muy clarificador:

-No te preocupes, pasa como con las personas. Ahora no hace nada, pero cuando empiece a pasarlas putas ya espabilará...

Gran sabiduría la suya. Pues nada, a esperar. Yo miraba a Rockefeller, él me miraba a mí, y Vicente Amigo lloraba dulces escalas menores en un trémolo.

Por un momento cerré los ojos y no hubo más que una escala menor que lo bañaba todo de melancolía. Luego un Fa grave en suspenso y finalmente, para mi sorpresa, un fuerte golpe a un Mi mayor que cambió el sentido a toda la escala. Se hizo el silencio, abrí los ojos, y Rockefeller ya no estaba.

Me fui de allí con la sensación de que había pasado algo que no alcanzaba a comprender.

Y volví a ser un gilipollas congelado algunas semanas más. Luego a Paul le dio un infarto.

VI.

Aquella habitación de hospital olía a muerte y a desesperanza. Paul estaba tumbado en la cama. Era una mañana nublada y gris. Llovía barro y polvo.

-Me recuperaré, no ha sido demasiado grave. Sólo un susto -me dijo.

-Sí, susto el que nos has dado a todos, tío. Pero vamos, ¡bicho malo nunca muere! -yo no sabía muy bien qué decir en estas situaciones, así que me decantaba por trivialidades.

La mujer de Paul había ido a comer. Estábamos solos. La vida podía ser una gran putada.

-¿Vas a volver? -pregunté.

-Claro. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Yo no lo sabía. Pero estaba seguro de que no quería sufrir un infarto a los cuarenta.

Entonces sucedió. Una paloma se posó en la cornisa exterior de la ventana. Estaba sucia de polvo y barro. Seguro que no era Rockefeller, pero el hecho de que perfectamente podría haberlo sido me llenó el alma.

Estaba quieta. Miraba al cielo. De pronto, por un claro entre las nubes se coló el sol. Por un instante todo se iluminó en un húmedo dorado.

La paloma se sacudió la mierda de un golpe, y echó a volar.

Mientras la veía perderse en el infinito lo entendí. Un golpe. Bastaba un solo golpe para quitarse la mierda de encima. De un golpe una escala menor se convertía en mayor, desaparecía la melancolía y todo se iluminaba.

El golpe era esa última palabra. La voluntad. Todo podía cambiar.

Miré a Paul, pero parecía habérselo perdido. Pensé en explicárselo, pero ya sabía lo que me iba a contestar: *mariconadas*.

Joder. Yo lo entendía y Paul no. ¿Y si me había vuelto gay?

Tenía que comprobarlo.

-Ahora vengo -dije.

Salí de la habitación y me puse a deambular por los pasillos sin saber muy bien lo que andaba buscando. ¿Cómo verifica uno su tendencia sexual?

Doblé una esquina y paré en seco. Una enfermera imponente con un culo que parecía estar hecho de pura roca se aproximaba a un mostrador de información. Me escondí detrás de la esquina y me quedé mirando de reojo.

La mujer se puso a hablar con un celador sin ser consciente de que el culo podía reventar su blanca minifalda en cualquier momento. Se agachó a firmar unos papeles y yo no pude remediar echarme la mano al paquete. La costurilla de la falda se le abría. Yo me frotaba la bragueta. La cosa se me puso bastante dura.

-Es usted un enfermo -me dijo una señora gorda que salía del ascensor.

-Señora, esto es un hospital, ¿qué esperaba?

Me largué de allí erecto y ruborizado. La vida era bella.

Volví a la habitación, me despedí de Paul, y salí del hospital. Paseé despacio. Respiraba profundamente. En la rama de un árbol vi pájaros posados. Eran David Coverdale, Vicente Amigo, Charles Bukowski. Y todos eran Rockefeller.

Había gente que escribía, cantaba, tocaba flamenco, pintaba cuadros. El motivo era muy simple: la vida estaba llena de cosas que valían la pena. Siempre nos lo andábamos recordando unos a otros, pero había que saber escuchar.

Yo no iba a tener un infarto a los cuarenta. De hecho, iba a tener un orgasmo a los veinticinco. ¿Cómo? Pues no lo sabía muy bien. Pero al menos iba a hacer algo, que era mejor que no hacer nada.

Quizá escritor, quizá músico, quizá actor porno. Puede que incluso informático, pero de los de verdad. O a lo mejor todo a la vez. Para empezar volvería a la facultad a terminar la carrera. Me quedaba poco pero nunca había tenido tiempo. Luego ya veríamos.

VII.

Volví al trabajo y escribí mi primer relato corto. Empezaba así:

Estimado señor,

por la presente comunico mi renuncia al puesto de "Desarrollador Senior" que en la actualidad desempeño, haciéndose ésta efectiva en el plazo de cuatro semanas...

El resto era un poco ciencia ficción, pero tengo que reconocer que me quedó de puta madre.

Lo envié a RRHH. La noticia se corrió como la pólvora. A la hora del almuerzo muchos se acercaron a preguntar.

-¿Es verdad eso? ¿A dónde vas?

-Pues no lo sé. Simplemente me voy. Quiero hacer otras cosas. Viajar. Ver mundo.

-¿Y a estas alturas lo vas a dejar todo?

¿Todo? ¿Y qué era todo? ¿Un nido lleno de mierda y un vaso con agua? Pero no lo entendían. A la mayoría aún le daban de comer directamente en el pico.

-Pues sí. Voy a acabar la carrera, y en unos meses me largaré al extranjero.

-¿Y si no encuentras trabajo?

-Seguro que lo encontraré.

-¿Seguro? Tú no puedes estar seguro.

-Joder que no. Solo hay que mantenerse firme y dar el golpe en el momento adecuado.

-Se te ha terminado de ir la pelota, macho...

Podía ser. Pero la cosa es que en mi puta vida me había sentido mejor. Notaba como algo en mi interior crecía, se desplegaba, desde muy dentro, y poco a poco se iba extendiendo hasta mis brazos y mis piernas. Era mi verdadero yo, que volvía. Había sido enterrado, a empujones: *la vida no es así, idealismo, tú no puedes, tú no puedes, tú no puedes...*

Pues mira tú por dónde, yo sí puedo. Cojones, ¡cómo me había echado de menos a mí mismo!. Me sentía como justo después de afeitarme, ducharme, comer bien, tomar unas cervezas y echar un polvo.

No, más bien era como si en ese mismo instante estuviera echando un polvo. ¿Sería eso estar vivo?

La última hora de trabajo la dediqué a escribir la historia de Rockefeller. La imprimí y la releí. Necesitaba retoques, pero al menos no era papel mojado. Un poquito de belleza había quedado allí capturada.

Doblé las hojas, me las metí en el bolsillo de atrás del pantalón y me encaminé a la salida.

Andaba deprisa. No me había dado cuenta de que estaba sonriendo. Bajé en el ascensor. Se abrieron las puertas. Con la mano le dije adiós a Lourdes, que estaba inmersa en su realidad virtual.

Aquel cordón que una vez había estado a punto de romperse, tiraba de mí con fuerza.

Salí a la calle. Brillaba el sol. Me sentía ligero, muy ligero. Me había quitado toda la mierda de encima. Eché una última mirada al cristal y el cemento.

Y luego, amigos, eché a volar.

Brindis por la última fila

I.

Estoy en un *pub*, con el portátil y una cerveza bien grande. Todo a mi alrededor es madera y piedra; mi mesa está situada junto a una de las múltiples chimeneas. La iluminación es tenue e indirecta.

Divagando, he acabado por recordar viejos tiempos.

Tuve una infancia atípica. Nací en el último año de la dictadura franquista. Mi padre me contaba a veces que se tuvo que pegar más de una carrera por llevar el pelo a lo Beatle o leer algún periódico de esos *cuestionables*.

Luego, la democracia. Mi padre estaba deseando hacer buen uso de ella. Por desgracia, al último sitio donde llegó la democracia fue a la mente de muchas personas.

Fui a un colegio público, laico, y bastante salvaje. Yo era un espécimen raro. Contradictorio. Era un alumno ejemplar, mi comportamiento era intachable, sacaba las mejores notas. Pero nacido ateo. En mi casa jamás se habló de religión, ni para bien ni para mal. Yo no heredé a dios. Y como tampoco se me apareció nunca, pues ni siquiera me planteé la cuestión.

Un día, en el colegio, dios salió a colación. Con la iglesia habíamos topamos. Una profesora gorda y canosa cuyo concepto del sexo era algo sucio y oscuro que se practicaba en Sodoma, en París y en el infierno, me hizo escribir en la primera hoja de mi libreta de matemáticas: *perdóname, señor, porque he pecado*.

Yo no entendí ninguna de las tres partes de la frase. Al llegar a casa, le pregunté a mi padre qué era eso que había hecho yo. Según el, nada. Y él me conocía mejor que la gorda.

A partir de una animada conversación entre mi padre y la profesora canosa, mi familia pasó a

ser considerada "ese clan de fanáticos que quieren erradicar la religión de España". Agárrate las pelotas.

En mi colegio tenían la pedagógica costumbre de colocarnos por orden de inteligencia. Los más listos en la primera fila, los más tontos en la última. En cada fila, los más listos más a la izquierda. Aunque a mí me parecía que no eran los más listos, si no los que mejor se portaban.

Yo era un ateo fanático que se negaba a escribir chorradas en su libreta de matemáticas, a rezar, o a estudiar el catecismo. Tendría que haber estado en la última fila. Pero me pasé nueve años sentado en el primer asiento de la fila primera. Los traía a todos de cabeza.

Era curioso lo de las filas. En la mía, el segundo era mi mejor amigo. Nos llevábamos bien. El tercero se pasó nueve años odiándome por algún motivo. Él y yo nos sacamos mutuamente todos los dientes de leche a hostia limpia. No recuerdo haber pisado un dentista hasta BUP.

El cuarto quería ser el tercero. El quinto quería ser el cuarto. Así sucesivamente. Yo, como a la izquierda lo que tenía era una ventana, me ahorraba todo ese stress y me quedaba tiempo para pensar.

Pero bueno, a fin de cuentas éramos la primera fila, la fila blanca. La elite. No teníamos mucho de lo que preocuparnos.

Al final, estaba la fila negra. Los casos perdidos. Los vándalos. Aterrorizaban a los demás. Casualmente, los de peor posición económica. Ropa sucia, zapatos rotos.

Y seis filas intermedias. La franja gris. Ahí había de todo. Desde gente absolutamente adorable hasta auténticos cabrones retorcidos. Pero por lo general, mucho gris.

Los grises eran curiosos. Les jodía no estar en la fila blanca y a la vez se alegraban de no estar en la fila negra. Una cosa compensaba la otra, así que ni bien ni mal. La mayoría no tenían nada que decir. Me aburrían soberanamente.

Pero los de la última fila me atraían. Esos *sabían algo*. Cada vez que había un problema en la franja gris, lo solucionaba la profesora. Los de la fila negra se las apañaban solos.

Eran apasionantes. Hablaban de cosas prohibidas. Cigarros, sexo, la calle. Yo siempre andaba

con ellos. Los miraba con curiosidad, con admiración, no con desprecio. Ellos me aceptaron.

Las señoras pedagogas religiosas consideraron que a mi me podía afectar aquello de manera negativa y avisaron a mis padres, que todavía se estaban acordando de lo del pecado. Mis padres no pensaron que fuese un problema. Yo seguía siendo el mismo y sacando las mismas notas. Aunque, eso sí, empecé a decir tacos.

El profesor de matemáticas (don Ángel, que me regaló un ejemplar de *Yo, robot* que aún conservo) consideró que, de hecho, aquello quizá pudiese afectar a alguien de la última fila de manera positiva.

Aquel matemático tenía más alma que todas las beatas.

II.

Resultó que los negros no eran tontos. Sólo pobres. No tenían cuarto de estudio en casa, a veces ni siquiera libros. Algunos venían por mi casa y usaban los míos. Siempre andaban metidos en historias, en peleas, no aparecían por el colegio dos semanas... pero alguna vez pasaban por mi casa, merendaban con mi familia, y hacíamos los deberes.

Ellos tenían algo especial, algo bueno. Fueron buenos amigos. Leales. Sobre todo Julio, el más temido de todos. Era el líder. Mi madre me llevaba al colegio. Julio iba sólo. A veces nos encontrábamos y hacíamos el camino juntos.

Yo me había salido de mi fila. Alguno de los condenados también pudo salir de la suya. Julio aprobaba los exámenes. Pasaba de curso.

Aquello me lo pagaron multiplicado por mil. Hicieron por mí todo cuanto estuvo en sus manos. Me defendían, me protegían. Para casi todos los demás niños, había zonas prohibidas. En especial, la plaza de los gitanos. Ahí no se podía ni entrar. Pero yo jugaba en ella. Y me lo pasaba de puta madre. Vivía sin miedo.

Recuerdo la primera vez que fui a la plaza. Mi ropa no estaba sucia. La de ellos sí. Todos se me quedaron mirando. Julio dijo:

-A éste, hay que respetarlo.

Y no se habló mas.

Una mañana íbamos Julio, mi madre y yo, de camino al colegio. Era la fiesta de navidad. Mi madre paró en un kiosco y nos compró una pandereta a cada uno. Teníamos doce años.

Hace no mucho, a mi madre la paró un hombre por la calle.

-Yo a usted la conozco, señora.

-Ay, pues me va usted a perdonar, pero yo no caigo... y el caso es que me suena.

-Usted a mi me regaló una pandereta.

Se rieron un buen rato. Julio le preguntó por mí. *El niño está bien, se ha hecho ingeniero, anda viajando por ahí...*

III.

Cuando acabó el colegio, yo fui al instituto. Mis guardaespaldas no. En el instituto todo el mundo sonreía y decía venir de la primera fila. Los grises parecían haber desaparecido. Pero yo los veía por todas partes. Había muchas hostias a la salida. Sonrisas y hostias. Pero bueno. Hice un puñado pequeño de amigos grandes.

Luego, la tan ansiada universidad. Allí las hostias no se llevaban, quedaban mal. Se sustituían por puñaladas traperas. Me uní más a mis amigos y me separé más del resto.

Y finalmente, el mundo laboral. Sueños que se desmoronaban. La apoteosis del gris, la sonrisa, y la puñalada traperera. Y yo sin guardaespaldas.

Una noche volvía a casa sintiéndome gris. De pronto alguien me llamó por mi nombre y apellidos. Desde un coche me habló una voz que sonaba a recuerdo lejano.

Julio. Me llevó a casa. No andaba mal. Montando persianas unas sesenta horas por semana. No le preocupaba mucho. Me preguntó como me iba. Y me recordó que, si alguna vez yo tenía algún problema con alguien, no dudara en decírselo. Que él me lo solucionaba. Que a mí se me respetaba.

Aun hoy se me hace un nudo en la garganta.

Han pasado los años y las cosas no han cambiado mucho a mi alrededor. El mundo es, a grandes rasgos, una mierda. Muchos le echan la culpa a la condición humana. Pero yo sé lo que es la lealtad. Yo la viví. Viví algo que los demás se perdieron y que me hizo como soy ahora.

Ando viajando por ahí, sí. Con una maleta llena de buenos recuerdos.

Así que aquí estoy, en mi bar, con mi cerveza, mi portátil y mis recuerdos. Miro a mi alrededor y veo mucho gris y mucha sonrisa. Sospecho que se esconden puñaladas.

En fin. Que por todos aquellos de la última fila, aquellos que tanto me dieron, va esta cerveza. A los grises del mundo, los de la dictadura, los de las puñaladas, los que roban el tiempo:

Que os den por culo.